

VISITAS A LA PENITENCIARIA.

HECHOS BIOGRÁFICOS

DE

PANCHO FALCATO

DEL BRAVO MALOQUEADOR

MARCOS SALDIAS

I DE MUCHOS OTROS PRESOS CELEBRES.

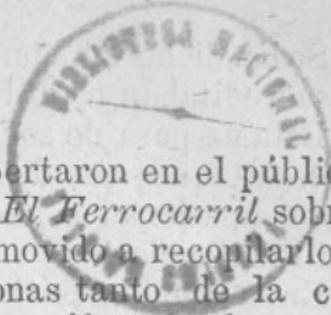
EDICION RECOPIADA DE "EL FERROCARRIL"

SANTIAGO:

IMPRENTA DE FEDERICO SCHREBLER I CA.,
Calle del Estado 58.

—
1877.

AL LECTOR.



El interés extraordinario que despertaron en el público los diversos artículos publicados en *El Ferrocarril* sobre la Penitenciaría de Santiago, nos ha movido a reeditarlos.

Aparte de esto, muchas personas tanto de la capital como de las provincias, han manifestado deseo de conocer esos artículos que lanzados al viento de la publicidad en hojas volantes de periódicos, han vivido lo que viven siempre las hojas:—*el espacio de una mañana*.

Como todo lo que sale de la rutina, estos artículos han tenido impugnadores.

Se ha dicho que esta lectura no convenia al pueblo porque podría arrastrarlo a imitar las audacias de los criminales.

Este argumento tiene algo de semejante con la costumbre de los antiguos que no querían que sus hijas aprendiesen a escribir para evitar que mantuviesen correspondencias amorosas con los elejidos de sus almas.....

Víctor Hugo ha dedicado la obra mas inmortal de su jenio jigantezco—*Los Miserables*—precisamente para hacer la apoteosis de un presidario a quien la fatalidad arrastró al abismo i a quien la caridad de un obispo i el purísimo amor de una huérfana rejeneraron par completo.

I precisamente ese gran libro será necesario mientras haya en la tierra ignorancia i miseria!.....

No se hace en estos artículos la apoteosis del criminal. Solo se refieren sencillamente—método ad narrandum—hechos que han conducido al hombre a un lugar de expiación. Se habla de desgraciados sobre los cuales ha caído el tremendo poder de la justicia inexorable.

Al lado de la falta está el castigo.

¿Querria suprimirse la Historia Sagrada porque en ella se refieren pecados i crímenes sin cuento?

Entonces seria preciso suprimir el Infierno, que es la Penitenciaría del otro mundo.

Se ha dicho tambien que estas relaciones de crímenes desacreditaban a Chile en el extranjero.

Esta no pasa de ser una candorosa ocurrencia nacida de los ataques que de tiempo en tiempo nos dirijen periodistas apasionados. ¿Acaso en Lima o en Buenos Aires no hai Penitenciarías?

En la Penitenciaría de Santiago el número de presos no pasa casi siempre de 480 i en la de Lima este número pasa de 500,

I bien ¿querria decir esto que en Lima, con menos poblacion se cometen mas crímenes, que en Santiago, que tiene casi doble número de habitantes?

—De ninguna manera.

Estas, son puerilidades que no merecen que el hombre sensato se detenga a considerarlas.

No hagamos casos de rencillas de periodistas que se hacen i se deshacen de la misma manera que se forman i desvanecen las tempestades de verano.

La verdad es que en estas pájinas hallará el lector rasgos extraordinarios de valor, combates cuerpo a cuerpo semejantes a los de antiguos gladiadores romanos, ejemplos no comunes de astucia, de serenidad i de audacia.

El valor, la fidelidad, la intrepidez, la desgracia siempre admiran aunque sea en los miserables.

La fidelidad del *Chouriner*, las audacias de *Cartouche*, la astucia de *Rodin*, las advertencias de Luigi Vampa, las fatalidades de Juan Valjean, todo eso hace sufrir al alma emociones que la conmueven i la distraen.

Al referir, pues, las atrevidas escapadas de *Falcato*, los combates de Saldias cons los araucanos, las desgracias de Sanchez, estamos en mui gloriosa compañía, puesto que seguimos las huellas trazadas por Hugo, Dumas i Sué.

Advertimos al público que al fin de esta obra agregaremos un *Apéndice*, completamente orijinal e histórico.

Santiago, abril de 1877.

EL EDITOR.

I.

«EL FERROCARRIL» DEL 8 DE FEBRERO

Un diplomático extranjero nos decía: los chilenos no conocen la cárcel penitenciaria que tienen. Yo había preguntado a muchos, i los detalles que me dieron no tenían interes alguno, lo que me hacia creer que aquello era insignificante. Pero he visitado la Penitenciaría i puedo asegurar que es un establecimiento de que ustedes deben estar orgullosos. Los establecimientos penales de las naciones mas adelantadas no aventajan en mucho al de Santiago.

Para nosotros, que andamos a caza de noticias, estas palabras fueron como la *Eureka* de Arquímedes.

En el acto nos trasladamos a la Penitenciaría i allí, gracias a la amabilidad de los jefes, hemos podido obtener datos sobre los personajes célebres que la han habitado, sobre las costumbres de los presos, sobre los hechos de importancia que han tenido lugar en su recinto, sobre la biografía de los grandes criminales, sobre la historia, en fin, del primer establecimiento penal de Chile.

Iremos comunicando sucesivamente estas noticias en una serie de artículos.

La historia de las prisiones es como la de los individuos; por eso la de la Bastilla es solemne e interesante, la de Vincennes lúgubre i melancólica, i así como los individuos presentan orijinalidades interesantes que los caracterizan, así todas las prisiones del mundo tienen celebridades que las recuerdan.

¿Quién, al hablar de Bicetre, no recuerda las numerosas hazañas de Cartouche i el prolongado martirio de 22 años de Lafresnaye? Al hablar de la Inquisicion se recuerdan los autos de fé; al hablar de los Plomos de Venecia se recuerda la ejecucion del dux Marino Faliero; al hablar de la Abadía i de la Concerjería, se recuerda a los Jirondinos, a Madama Roland, a Carlota Corday i a la Dubarry con su negro Zamora; al hablar de Spielberg se recuerda a Silvio Pellico; al hablar de la Torre de Londres se recuerda las ejecuciones ordenadas por Enrique VIII, de Ana Bolena, Catalina Howard i demas mujeres; al hablar de Fort-l'Eveque se recuerda la prision de la cómica Clairon; al hablar del castillo de la Siete Torres se recuerdan las numerosas crueldades de los sultanes sobre sus visceres i sus odaliscas; como al hablar de Clichy se recuerda a los mas famosos deudores, por no decir *tramposos*, i al hablar de la torre del Temple a Luis XVI, Maria Antonieta i al zapatero Simon.

Al hablar de la Penitenciaría, tendremos, a nuestro turno, muchos nombres que recordar terminando por Javier Manrique, el *canaca* José, el *futre* Bravo, José Vergara Morales, José M. Arancibia, Juan de Dios Gaete, *Falcato*, en fin.

Al llegar a la Penitenciaría no se experimenta como cuentan los turistas respecto de las prisiones europeas, sentimientos de horror o de tristeza. El edificio, rodeado de árboles estenso, limpio, lleno de jardines, ventilado, hijiénico, hermoso, soberbio, magnífico, ni puede inspirar horror ni predisponer a la melancolía.

Los presos tampoco inspiran temor, puesto que el régimen sagaz allí observado los hace inofensivos como borregos.

Antes de entrar al edificio, llama la atencion un telégrafo de señales que se está principiando a poner para comunicar la Penitenciaría con el cuartel de artillería, es decir, a una distancia de diez cuadras. La impor-

tancia de esta medida se comprende a primera vista: dado caso que ocurriera alguna sublevacion de presos, los artilleros pueden ocurrir en el acto a prestar sus servicios para debelarla.

El establecimiento tiene una guardia especial i propia compuesta de 54 individuos de tropa, cabos, i sarjentos armados con carabina Spencer. Hai ademas 4 oficiales.

Esta guardia no tiene comunicacion ninguna con los presos. Veinte guardianes son los que en el interior de la casa vijilan a éstos.

Desde la entrada se admira el orden i la limpieza.

En efecto, el señor Ricardo Montaner, actual superintendente, se preocupa tanto de la limpieza que ha puesto hasta escupideras por todas partes, para arrojar los *puchos* de cigarros.

Solamente a bordo de los vapores de comercio ingleses i chilenos, se observa una limpieza tan rigurosa como la que se practica en la Penitenciaría: fusiles, sables, patios, celdas, planchas de puertas, paredes, jardines, talleres, habitaciones de empleados, todo acusa una esmerada pulcritud.

Así como a bordo de los vapores de comercio, cada cosa tiene su rótulo, aquí cada habitacion, cada calle, cada celda, cada preso tiene su número o su plancha.

A la entrada están las piezas del superintendente, del director, señor teniente coronel Francisco Barceló, antiguo i celoso empleado de la casa i del sub-director señor Francisco Ulloa, intelijencia activísima que no descansa un momento.

En la pieza del sub-director estan los retratos en fotografia, de todos los detenidos.

La impresion que se recibe al recorrer aquella galería de criminales de rostros patibularios, de mirada hosca, marcado cada uno con un número rojo, es indescrípible.

El criminal está allí con un número rojo sobre el pecho

como con una marca de fuego sobre su conciencia. Allí no hai nombre. El hombre se ha convertido en número. I cada número tiene su historia sombría i terrible unas veces, triste, desgraciada, meláncolica, otras.

Estos números llamarán pronto la atencion de los lectores.

En esta pieza vemos también varias muestras de paño azul. Son muestras de los fardos que acaban de llegar destinados para sacos i pantalones de los condenados: su calidad es inmejorable; cuesta cada metro un peso cuarenta centavos comprado por mayorj.....

Los retratos nos dicen que hai actualmente en la Penitenciaría 477 detenidos.

Penetremos.

Tres puertas dan acceso al interior, tres puertas colosales con gruesos barrotes de fierro. Allí, en cada puerta, la imaginacion parece divisar el *lasciati ogni speranza* del infierno del Dante. Nunca se abre una puerta sin estar cerradas las demas.

Se sabe que el plano de la Penitenciaría es circular. Estamos ahora en el patio circular interior.

Estamos en el cerebro de la Penitenciaría: de aqui parten todas las arterias que conducen a las diversas partes de este gran cuerpo.

Este patio interior ha recibido una trasformacion completa bajo la superintendencia del señor Montaner: en vez del bosque de corpulentos árboles que podia poner a los criminales fuera de la investigadora mirada de los guardianes, hai ahora en el centro un jardin perfectamente cultivado por los presos mas ancianos. No se vé allí ni la mas pequeña piedrecilla. Todo está asfaltado.

Un aleman encorbado por el peso de los años—i quien sabe también si por el remordimiento de la conciencia—atraviesa el patio con una escudilla de lata en la mano. Va al hospital a pedir una tasa de caldo.

Este hombre, en un momento de ofuscamiento mató a un niño i fué condenado a 10 años.

Tiene once hijos todos casados i residentes en Valdivia. Periódicamente una carta con once firmas viene a hacer derramar lágrimas de gozo a este viejo: son las firmas de sus hijos.

Su fisonomía es bondadosa ¿qué pudo arrastrarlo al crimen? Un padre con once hijos amorosos no puede, no, encerrar en su corazón sentimientos criminales. La cólera, o la ignorancia, o el vicio, o la ofuscación, o la fatalidad solamente han podido arrastrar a este desgraciado hasta las gradas del cadalso.

Lleva tres años de condena; aun le faltan 7.

Con cuánta lentitud trascurrirán para este pobre viejo las horas en el reloj del tiempo!

¿Irà a contar el último año en el reloj de la eternidad?

Hai en la espera de este hombre tanto de pavoroso como en la de aquel preso que exclamaba:

«Veinticinco calabozos

Tiene la cárcel real;

Veinticuatro tengo andados...

¡Uno me falta que andar!

¡El calabozo que le faltaba que andar era la capilla!...

Entremos al hospital.

Hai una botica surtida directamente de Europa i que proporciona medicinas a la casa de corrección de mujeres, a la de orates i al presidio urbano.

Está a cargo del farmacéutico señor Ruperto Duran.

En el hospital hai 9 enfermos: de estos solo dos están graves; los demas, sentados al rededor del patio, aspiran el aroma de las flores o con la mirada fija en el firmamento, envidian la libertad de los pájaros que baten orgullosos sus alas por la inmensidad del espacio.....

Entre estos convalecientes está el famoso *Falcato*, a quien faltan quince meses para concluir su condena de 5 años.

Sí; allí está *Falcato* con su cabeza correctamente redonda, como la de aquel prodijio de audacia i de fortuna que a principios de este siglo rejia los destinos del mundo a cañonazos!

Allí está *Falcato* con su sombrero en la mano, saludando políticamente al visitante; allí está con sus sesenta años i su historia estraordinaria i sus terribles lances de un Cartouche.

Entre los enfermos de gravedad, está el chinó José con dos cáusticos (vejigatorios) en la espalda, que no le dejan moverse.

En la sala de enfermos llama la atencion una estatua que representa a San Vicente de Paul, con toda la bondad de su rostro sacrosanto. Es una obra admirable de cantería, de autor desconocido.

Llama tambien la atención el que tan apartado establecimiento esté servido todo con agua potable. Cinco mil pesos se gastaron en llevar las cañerías desde la calle del Dieziocho.

En una celda de ese patio está el aparato que sirve para fotografiar a los que ingresan: operacion que la ejecuta el fotógrafo señor Perez ayudado por dos presos.

Entremos al taller de zapatería: el guardian toca un pito i todos los presos se ponen de pié i se quitan sus gorros; vuelve a tocar el pito i todos se cubren, se sientan i continuan trabajando.

Nadie mira de frente al visitante i, sin embargo, todos lo observan.

¿Por qué ninguno de aquellos hombres llenos de vida se atreve a mirar de frente?

Advirtamos, de paso, que desde hace ocho meses, se ha establecido la costumbre de contratar el trabajo de los presos. En el lenguaje carcelario esto se llama *arrendarlos*.

Sobre la muralla del patio interior circular el señor Montaner ha hecho colocar una baranda de fierro; por

allí se pasean constantemente tres centinelas que en un momento preciso pueden prestar auxilio a cualquier guardián. Toda la casa está cruzada por campanillas eléctricas, de modo que cualquier empleado recibe auxilio en el acto de oprimir un botón de los infinitos que hai para llamar.

La capilla que ántes estaba en este patio circular ha sido trasladada a un departamento aparte por disposición del superintendente. Tiene capacidad para 600 personas i se dice en ella misa todas las semanas por el capellán de la casa señor Grosi.

Del patio circular parten 15 calles, cada una de las cuales tiene su nombre, conforme al orden numérico.

En la herrería hai 7 fraguas i se está construyendo un horno para enyantar.

Entre tanto trabajador cubierta la cara de hollín, vemos a Javier Manrique condenado hace ocho meses a prisión perpétua.

Manrique vino del norte por haber asesinado a su patrón en la mina donde trabajaba. Era compañero del famoso «Colorado» terror de los departamentos septentrionales de la República.

El trabajo ha rejenerado por completo a este hombre. Al ménos así lo hace creer su aire humilde i su afición a la herrería.

Entremos a la cocina. Nos sale al encuentro una famosa perrita ratonera, *Mona*, que no deja penetrar en este recinto rata alguna. Diariamente da pruebas de su vigilante odio contra el goloso i repugnante animal a que ha declarado cruda guerra.

Dos veces al día se da a los presos una comida compuesta de frejoles, *mote* i chicharrones i 4 panes de 12 onzas cada uno. En los días festivos se les da $\frac{1}{4}$ de kilogramo de carne.

En la calle número 14, la única oscura del establecimiento por tener en un segundo piso techo para el taller

de los barnizadores, se ha colocado a los reincidentes. Entre estos hai 3 que han estado por tercera vez en la Penitenciaría i 1 que está por quinta vez.

¿Quién es éste?—José Maria Arancibia, el que últimamente se hizo reo de tan atroces delitos en Talca.

A mas de haber estado cinco veces en la Penitenciaría ha estado siete veces en el presidio.

I su edad no pasa de 50 años. Su fisonomía horripila.

La calle núm 15 está reservada para aquellos a quienes falta poco tiempo para concluir su condena. El señor Montaner ha dispuesto que estos individuos, en vez de estar de holgazanes, como era costumbre ántes, sean los que hagan las faenas mas rudas. Ellos son los que sacan i entran los artefactos trabajados en la casa, los que cortan adobes i los que trabajan catorce piezas destinadas para habitaciones de los guardianes.

Quince es el número de la calle en que habitan i quince el número de los habitantes.

En esta calle está el locutorio destinado para que los presos hablen con las personas que van a visitarlos.

Es curioso saber que de 477 presos, solo 60 tengan quienes se preocupen de su suerte i vayan a verlos una vez al mes.

Los demas ¿no tienen parientes ni amigos?

O les sucede como a aquel preso de carácter brusco que decia:

«A la reja de la cárcel
No me vengas a llorar;
¡Ya que no me quitas penas,
No me las vengas a dar!...»

En este patio hai tambien un bonito jardin, obra del activo celo del señor Montaner.

La biblioteca consta de cerca de 1,200 volúmenes. Se proporciona libros a todo aquel que los solicita. El que

sabe i quiere leer tiene derecho para estar con luz en su celda hasta las 9 de la noche.

En la calle número 3 que es la destinada a los incorregibles, hai 32 individuos.

Aquí está José Vergara Morales, sirviente de mano en una hacienda cercana al Olivar. Cuando su patron hacia un viaje a Rancagua, Morales lo acompañaba.

El patron bajó a un arroyuelo a tomar agua i su sirviente le descargó una puñalada en la espalda, dejándolo muerto en el acto.

A propósito del Olivar; este lugar i el dominado «Lo Miranda» han proporcionado a la Penitenciaría el 15 por ciento del número actual de presos.

Vergara se jactaba de ser *el único* para dar una puñalada mortal sin que nadie se percibiera.

En la Penitenciaría intentó dos veces apuñalear a los guardianes i sufrió por esto recargo de condena. Pero se encontró con la horma de sus zapatos. Esta fué el guardian señor Basilio Pedreros, que se encargó de arreglar al incorregible i lo consiguió a las mil maravillas, pues hoi Vergara es un tigre domesticado que no se atreve a echar garra a un raton.

Este tigre al llegar a la Penitenciaría dijo:

—El Código es terminante. Desde que estoi condenado a perpetuidad, no estoi obligado a trabajar.

—Bueno, le dijo el superintendente, el Código no dice tampoco que té dé qué comer. Si no trabajas no comes.

—Convenido.

Pero el hambre hizo bien pronto que las tripas elevaran sus quejas a la razon i el discolorado pidió perdon i trabajó.

Una vez que sació su apetito, dijo:

—Ahora si que no trabajo mas.

Se le volvió a sitiar por hambre i el testarudo se redujo para siempre.

Hoi es uno de los herreros mas trabajadores, sin que se

le ocurra, como ántes, decir que no le *tocan las jenerales de la lei*.

Esta frase *las jenerales de la lei*, está siempre en boca de todos los presos.

El producto anual del trabajo de los presos es actualmente de 23,000 pesos; así es que el Estado solo gasta 55,000 pesos anuales en empleados, porque los presos costean con su trabajo la comida.

Antes de la superintendencia del señor Montaner, el Estado gastaba 7,000 pesos solamente en auxilio a los talleres i empleados anexos.

El sueldo de los guardianes es de 20 pesos i racion de comida; i el de los soldados, 15 pesos i racion de comida.

El señor Montaner cree poder hacer dentro de tres o cuatro años en la Penitenciaría de Santiago, contratos que permitan costear todos los gastos con el trabajo de los presos, como sucede en Nueva York i otras grandes ciudades.

II.

«EL FERROCARRIL» DEL 9 DE FEBRERO.

Se sabe que lo que se conoce hoy con el nombre de Penitenciaría, fué conocido en tiempo de don Diego Portales con el de *Los Carros*.

I en efecto este nombre era entonces apropiado porque se condenaba a los presos a trabajos forzados en unos carros, especie de prisiones flotantes, rodeados de barandillas de fierro.

Los registros de esa época han desaparecido; solo se conservan legajos judiciales desde el 23 de febrero de 1837.

El primer condenado es el que figura bajo el número 130. Por consiguiente, 129 condenas anteriores han desaparecido para el investigador del archivo penitenciario.

Ese número de 130 fué condenado a cuatro años de trabajos forzados i cien azotes en público por un robo hecho a don José Tisca. En la misma sentencia se condenó a un cómplice al *presidio ambulante* por tener conocimiento del robo i recaer sobre él sospechas como falsificador de monedas,

El 130 cumplió su condena i salió en libertad.

Es tan popular Francisco Rojas (a) *Falcato*, que no podemos dejar de referir, desde luego, unas de sus hazañas a lo Cartouche.

—Pero ántes es preciso saber quién era Cartouche, dirá alguno.

—En breves palabras lo daremos a conocer.

Allá por los años de 1719, un jóven con casaca color

canela, de cuerpo no muy alto pero bien formado, tenia en jaque a toda la policia de Paris.

¿Habia necesidad de abrir una puerta? en el acto lo hacia.

¿Era preciso libertar a algunas de las innumerables mujeres a quienes la policia en noche lóbrega i lluviosa iba a sorprender?—El se mezclaba entre los jendarmes, i los ayudaba a hacer la presa i cuando menos pensaban desaparecia con ella, dejándolos con un palmo de narices.

Se ofrecian 2,000 libras al que entregase su cabeza. El entregaba personalmente al jefe de la partida que lo perseguia un papel que decia: «Si quieres ganar las 2,000 libras, piensa ántes en la pistola de Cartouche.» I todos temblaban al leer este papel que poco ántes habia entregado en persona el hombre de la casaca color canela.

Se le sorprendia en casa de una de sus mujeres: todas las avenidas estaban llenas de soldados. Mataba de un pistoletazo disparado con la derecha al teniente, de otro disparado con la izquierda, al subteniente, luego se deslizaba como el rayo entre todos los hombres asombrados, se detenia a cantar i desaparecia.

Al fin, despues de crímenes sin cuento uno de sus cómplices lo delató i fué conducido a la Concerjeria donde recibió visitas de grandes damas de la corte, sobre todo de la célebre Phalaris, i del rejente de Francia.

Fué enrodado vivo i sus huesos fueron rotos por los golpes de una barra de hierro.

Tal era Cartouche.

Cada vez que en Francia se ejecutan crímenes atrevidos, audaces, e ingeniosos, se dice:

Es una hazaña a lo Cartouche.

Falcato es un Cartouche en miniatura, una parodia.

Falcato ha tenido cuatro condenas en la Penitenciaría que suman treinta i siete años. De manera que este hombre de 60 años ha pasado mas de la mitad de su vida pensando en la otra parte.

Entre las 129 condenas estraviadas del archivo carcelario, estaba la primera de Falcato. No sabemos, pues, oficialmente sus primeras hazañas; pero la tradición suple en este punto a la historia.

Presos del tiempo de *Los Carros* i empleados antiguos de la Penitenciaría cuentan lo siguiente que Falcato niega ser exacto.

Un hacendado de Ñuñoa vendió una partida de animales por la suma de 2,000 pesos que recibió en plata sonante, porque en aquellos tiempos no había bancos de emisión.

Falcato supo esto por uno de sus correligionarios que aun no había caído en las garras de la justicia, i le dijo:

—Esta misma noche damos un golpe. Espérame a las diez en las inmediaciones de la hacienda del *rico*.

A la hora prefijada, Falcato estuvo en su puesto i una hora después los 2,000 pesos estaban en poder de los dos compañeros. Hicieron amigablemente las particiones i en seguida Falcato dijo a su cómplice:

—Para no infundir sospechas, vámonos por caminos distintos. En la Alameda de los Monos, esquina de la calle de San Diego, te espero.

Allí se reunieron, en efecto, muy luego, i en un momento en que su compañero se deleitaba oyendo el argentino sonido de los pesos fuertes, Falcato se fué sobre él i lo mató.

Poco después un hombre abría un hoyo en las inmediaciones de *Los Carros* i depositaba los dos mil pesos del hacendado de Ñuñoa.

Al día siguiente Falcato estaba en su puesto, trabajando en *Los Carros*.

Cuando se supo el robo i el asesinato ¿podía alguien imaginarse que había andado por allí Falcato?

Conversando con este antiguo presidario, no se puede menos que experimentar sorpresa al oírlo dar consejos para el mejor servicio de la policía. «Suprimáse, ante todo, dice, los comisionados secretos, que son los cómplices de

los criminales; despues hágase guerra sin cuartel a los garitos situados a estramuros de la ciudad, que es donde los hombres pierden su fortuna i estravián su razon.»

Falcato tiene mujer e hija que siempre van a verlo.

Falcato dice que la reclusion que sufre es injusta; que le jugaron una mala partida.

Esta jugarreta asegura Falcato que sucedió así:

Un día fué a *tratar* unos animales a un pueblo cercano a la capital; iba a caballo, con *manta pallada*, la cabeza envuelta, como de costumbre, en un pañuelo de colores, i un sombrero de paja de anchas alas. No pudo cerrar ese día el trato i regresó a Santiago.

Un individuo se disfrazó entónces exactamente, con un vestido igual al de Falcato, se constituyó en la hacienda a dónde éste acababa de ir, asesinó al dueño de los animales, lo robó i se vino mui tranquilo a su casa.

Hechas las investigaciones, se supo que el asesino i ladrón vestia de tal i cual manera; Falcato habia sido visto con una ropa igual i las sospechas recayeron sobre él.

—En vano quise probar la *coartada*, dice porque no me creyeron i aquí estoi pagando culpas ajenas.

En 1849, el intendente de la provincia señor Juan José Egaña, hizo nnã visita a la Penitenciaría.

Entre los condenados a celda solitaria habia dos compadres: el uno se llamaba Benavides i el otro Falcato.

Por una gracia especial se permitiò entrar a la celda del primero a su esposa e hija. Eran estas de una belleza singular i Benavides las amaba de todo corazon.

Benavides dijo al intendente:

—Tengo un medio seguro, inerrable para salir de esta prision. Nada me importan estas gruesas barras de fierro, nada los centinelas, nada estas pesadas cadenas que jimen junto con mi corazon; las verdaderas cadenas son para mi esta esposa querida i esta hija idolatrada; por ellas no intento huir; si ellas no existieran, pondria en planta,

con éxito, el plan de evasión que hemos ideado con el vecino, mi compadre *Falcato*.

En aquella celda solitaria donde jimió el infeliz Benavides i han gemido tanto otros al compas de sus cadenas, fué donde se escribió este tristísimo verso que saben todos los presos de los países en que se habla el castellano:

«Cuándo estaba yo en prisiones
¡En lo que me entretenía!
En contar los eslabones
Que mi cadena tenía!»

Entre los primeros condenados a la Penitenciaría se cuenta a un hombre que perpetró un asesinato con la mayor sangre fría i la mas cínica crueldad.

Un pobre anciano venia de San Fernando, sobre un mal rocín, con real i medio en el bolsillo, producto de la venta de una carga de leña.

Cuatro famosos bandidos marchaban por el mismo camino.

De repente uno de éstos, de apellido Maldonado, se dirije al anciano i le dice:

— Dame toda la plata que llevas.

— Solo llevo real i medio, señor, de una carga de leña que acabo de vender.

Los compañeros dijeron entónces:

— Déjalo Maldonado; ese pobre viejo no lleva mas que lo que dice.

Continuaron la marcha, pero Maldonado se fué rezagando.

Uno de los compañeros miró hácia atrás i divisó entónces al viejo en el suelo i a Maldonado sobre él.

A poco éste los alcanzó. Llevaba ensartado en su puñal una cosa negra que chorreaba sangre.

— Miren ustedes, decia, miren ustedes como palpita.

Sus compañeros se horrorizaron: lo que Maldonado llevaba ensartado en su puñal era el corazón del infeliz viejo.....

Causóles tanta repugnancia este hecho que apenas llegaron a un pueblo, lo denunciaron.

Maldonado fué a parar por 13 años a la Penitenciaría cumplió su condena i salió.

¿Cual habrá sido la suerte de este hombre? ¿Estará en una tumba o en un antro?

Después de tan trágico episodio, necesario es encontrar un oasis en este camino salpicado de sangre, en esta ruta llena de via crucis.

Existe actualmente en la Penitenciaría un preso que en la galería de retratos tiene el número 563. Ha sido condenado varias veces por asesinatos, hurtos, fugas i otros crímenes. Una de sus condenas fué por 13 años i la otra por 14.

El número 563 se tenía por el hombre mas valiente; es capaz de habérselas hasta con el mismo lucero del alba.

El número 563, juró un día vengarse del superintendente señor Fernando Urizar Gárfias.

—No descansaré hasta no matarle, decia.

Por ese tiempo cumplía su condena de un año un apuesto i valiente militar, el teniente de artillería de marina Dardignac.

Se recordará que 1873 Dardignac fué a pedir un vaso de agua a un pulpero italiano de Valparaíso: el pulpero dió el agua en un vaso no muy limpio i el teniente se lo arrojó a la cara. Se armó una gresca; i acudió la policía.

Dardignac sacó su espada i dijo:

—Nadie toca ni lleva preso a un teniente de línea.

El resultado fué que hubo combate i que un policial quedó sobre el campo. Dardignac, juzgado conforme a las estrictas disposiciones de la Ordenanza militar, fué condenado, por haber abandonado la guardia i muerto a un hombre, a un año de reclusión en la Penitenciaría i a seis meses de destierro.

He aquí, pues, por qué se encontraron en el mismo re-

cinto el asesino de Coquimbo i Valparaiso i el valiente militar i pundonoroso caballero que en un momento de acaloramiento olvidó la Ordenanza.

Cuando Dardignac supo las intenciones i amenazas del 563, se propuso darle una leccion. Afiló dos cuchillos de mesa, dejándolos como navaja de barba i en un dia en que el 563 pasaba por su celda lo lanzó hácia adentro, cerró la puerta i presentándole uno de los cuchillos le dijo:

—Si eres tan valiente, pégame a mi frente a frente i en leal combate i no a un anciano como el superintendente que no se puede defender.

El 563 principió a temblar ante aquel ademan resuelto i aquella mirada centellante.

Por fin, el matasiete, el terrible 563 pudo gritar:

—¡Socorro!

Los guardianes llegaron; Dardignac escondió su cuchillo i el 563 salió con la frente inundada de un sudor frio.

Desde entónces el 563 pasa por el hombre mas cobarde de la Penitenciaría. La leccion fué decisiva, el remedio heróico.

El señor Urizar Gárfias tomó mucho cariño a Dardignac, así como todos los demas empleados de la Penitenciaría, i lo ocupaba siempre como escribiente.

Un dia, un preso se insolentó con el superintendente; Dardignac, rápido como el rayo, se abalanzó sobre él i de una bofetada lo tendió por tierra cuan largo era.

Dardignac salió de la Penitenciaría en 1874, pasó a la República Arjentina, tomó cartas en las cuestiones politicas, se enroló en uno de los ejércitos como capitán, ascendió luego a sarjento mayor i, al concluir la revolucion, era comandante de un batallon.

En tiempo del señor Urizar Gárfias sucedió tambien que tres presos fueron sorprendidos en un forado practicado en sus celdas i que tenia ya tres metros de largo.

En esos dias habia salido del establecimiento el director.

Llevados los tres delincuentes a presencia del superintendente e interrogados por él contestó uno:

—Señor, el director que acaba de salir era un hombre con el cual estábamos aburridos. Llegó a tal punto nuestra desesperación que resolvimos evadirnos; pero cuando ayer supimos que el director se había retirado dijimos:

—No; ahora sería un crimen llevar a cabo nuestro intento, habiendo salido lo malo, que era el director, i quedando lo bueno que es el señor Urizar, i en efecto, usia, cuando nos han sorprendido no estábamos ahondando el agujero; *lo estábamos tapando.*»

Desde el año 1867 hasta la fecha se han retratado en este establecimiento 1290 condenados. De estos han vuelto 63.

El retrato que lleva el número 561 pertenece a un individuo que ha estado seis veces en la Penitenciaría; es natural de San Fernando; cumplió hace poco su última condena i hoy aspira el aire puro de la libertad.

Juan de Dios Jara Gaete, condenado a perpetuidad, con un año de celda solitaria, por parricidio doble i homicidio alevoso, es uno de los reos que últimamente ha ingresado a la Penitenciaría.

Este es un individuo de simpática presencia. No revela ni en su rostro ni en su cabeza, ni en sus rasgos, ni en sus protuberancias nada que puedan esplotar los fisonomistas ni frenólogos discipulos de Lavater i Gall.

En su celda solitaria repite sin cesar:

—Hasta cuando estaré aquí! ¡Hasta cuándo han de pagar los justos por los pecadores! No; yo no he asesinado a nadie, ni ménos a mi mujer e hijos!

Su edad es 32 años, su constitucion robusta i su estatura de 5 piés.

Entre las evaciones contaremos por ahora la de un frances que estaba condenado a 12 años de Penitenciaría, por hurto. En una noche fria i lluviosa del mes de junio de 187..... el frances concluyó por romper los barro-

tes de su prision, valiéndose de una sierra mui pequeña, En el acto se arrastró por los tejados. Nevaba. La nieve apagaba el ruido de sus pasos i las espesas sombras de la noche ocultaban por completo su cuerpo.

De improvise suena un disparo de fusil. La alarma se introduce entre todos los empleados. Muchas luces de reverberos aparecen instantánea i simultáneamente.

El frances llega al pié del asta de bandera que está en la fachada del edificio, amarra en ella una cuerda hecha con las sábanas de su cama i los jirones de sus camisas, i desciende desde una altura de diez metros. En medio de su camino descendente la cuerda se rompe i el frances cae a dos pasos del centinela. Este dispara su fusil pero el tiro falla.

El frances se hizo humo para siempre.

III.

«EL PERROCARRIL» DEL 10 DE FEBRERO.

Al continuar nuestras noticias sobre la Penitenciaría de Santiago, principiaremos por referir una conversacion con Falcato. Ayer hemos referido lo que cuentan de él otros presos; justo es que hoi narremos fielmente lo que él mismo dice:

—Cuando salga de esta prision quiero publicar toda mi vida, tanto para que se conozcan hechos ignorados como para que se restablezca la verdad sobre otros que han dado a conocer los diarios. Yo estoi aquí nada mas que porque soi Falcato Rojas.

Cuando jóven tuve la debilidad de armar pléitos a los vijilantes; ésto me acarreó su odio i cuando se verificó un robo, caí envuelto en la sospecha i fui llevado a *Los Carros*. Desde entónces, cuando he estado libre trabajando honradamente, los envidiosos me han acusado de connivencias en sus fechorias i los jueces me han cargado la mano porque habia estado ántes en *Los Carros*. Mi primera estadia en *Los Carros* fué como una marca de fuego grabada indeleblemente sobre mi frente. Los jueces solo han visto esa marca i me han condenado. Yo no tengo en Chile mas enemigo que la justicia. Fuera de ella, todo el mundo me quiere. ¡Ah! ya no sé donde poder vivir para que se me deje trabajar en paz con mi mujer i mi hija!

—¿Quiere Ud. mucho a esos seres?

—Como nó; ellos solamente vienen a verme; hace pocos dias se me murió un niño así tan grandecito (señaló una altura de un metro.) ¡Tan bonito como era mi hijito!

—¿I de qué viven actualmente su mujer i su hija?

—Tengo una casita en la calle del Huemul que está arrendada en 18 pesos i con esta miserable suma viven las pobres.

Como iba diciendo, a mi me han querido i quieren todos. Antes de caer yo preso, los señores Vicente Cifuentes, Tadeo Besa i muchos otros, hasta el mismo Presidente Perez, tenían tanta confianza en mi honradez que cuando compraba animales en sus haciendas, nunca me pedían *medio* adelantado. Esto es porque yo nunca he entrampado a nadie.

—¿I por que tuvo envidia de Ud. el que últimamente lo traicionó?

—Ese es un individuo que estuvo aquí preso también. Un día quiso que le diera alguno de los tres puestos de carne que yo tenía en el Mercado. Yo no accedí a su petición porque esos puestos requieren mucha honradez; después *lo pillé* marcando un caballo con la marca mia; en el acto *malicié* que ese caballo no se había adquirido legítimamente i lo reprimí. Por eso me levantó falso testimonio.

En seguida, Falcato, interrumpiendo su relación, pidió un par de zapatos al director porque estaban rotos los que llevaba. En el acto se le concedió lo que pedía.

—¿Por cuanto tiempo i por qué delito fué condenado Ud., la primera vez que entró a *Los Carros*?

—Por 6 años i por robo.

El año 1841 los presos de *Los Carros* eran ocupados en trabajar el camino carretero a Valparaíso. Cuando los trabajos estaban cerca de Casablanca, en un lugar denominado *La Rampla*, los presos se sublevaron.

Pedimos a Falcato pormenores sobre esa sublevación i nos dió los siguientes:

—Yo no estaba ese día entre los presos. El sábado me habían llevado a Valparaíso i me trajeron el lunes: la sublevación fué el domingo. En este día había relevado

en la guardia al capitán Arancibia, que era muy querido, el capitán Julian Zilleruelo que, por el contrario, era muy aborrecido.

Habría por todo 300 presos distribuidos de a 12 en 25 carros.

Según costumbre, en día domingo se sacaba a los presos a escribir; por la tarde sacaron a 24, es decir, doce *colleras*.

Entonces se ponía una misma cadena a dos presos i esto se llamaba *collera*.

A otros seis presos se les dió permiso para ir a hacer otra diligencia. De repente estos, junto con los que estaban escribiendo, capitaneados por Jerónimo Corrotea, se precipitaron sobre el cuerpo de guardia, que estaba en un rancho, se apoderaron de los fusiles i principiaron a dispararlos sobre la tropa, que huyó. El finado Pascual Moscoso dió una pedrada tan feroz en la nariz al capitán Zilleruelo que lo echó al suelo. Por fortuna la piedra era chica, que si nó, lo mata. Un individuo ayudó al capitán i éste pudo huir porque en ese mismo instante Jerónimo Corrotea recibió un balazo disparado por el asistente del capitán. El asistente había colocado su fusil de mampuesto sobre uno de los carros.

En el acto todos los presos principiaron a romper sus cadenas. Veinticinco lo consiguieron, pero en ese momento la tropa, repuesta del pánico i viendo que los presos no tenían ni pólvora, ni balas i habían disparado el único tiro que tenía cada fusil, volvió a la carga i se trabó una lucha espantosa.

Un momento después los presos huían en todas direcciones.

Uno de ellos, Cayetano Armazábal recibió un balazo en la cabeza, sacó un pañuelo para contenerse la sangre, pero esta lo cegó i pocos instantes después era cadáver.

Pascual Moscoso, el que había dado la pedrada al ca-

tan, era prófugo del presidio de Juan Fernandez a donde habia sido confinado por 10 años.

Moscoso se fué al Perú, donde salvó en varias ocasiones la vida al mariscal Castilla. Este lo queria mucho i trajo a Chile; pero no pudo arrancarlo del poder de la justicia.

Moscoso era un tigre por lo feroz i valiente.

En ese dia blandia un garrote i nadie se atrevia a acercarsele. En verdad, el hombre espantaba. Sus ojos medio cerrados de las órbitas se veian del tamaño de los de un león i parecia que arrojaban llamas.

Los soldados estaban con los fusiles preparados; el oficial gritó:

—No te acerques porque ordenaré hacer fuego. Reza un acto de contricion ántes de tirarte.

—«No rezo; tirame por detras, inhabil» dijo Moscoso volvi6 la espalda a la tropa al mismo tiempo que el oficial gritaba ¡fuego!

Veinticinco perecieron en aquella sublevacion; cuatro escaparon pero a los pocos dias les dieron caza: entre esos estaba P. G. que fué aprehendido ántes de llegar a Asablanca i que vive todavia.

A cada preso se le dió despues una racion de cien panes.

Esta es la relacion hecha por Falcato con un lujo de detalles que asombra, tratándose de un hecho acaecido hace 36 años.

Continuemos la conversacion.

—¿I cuántas veces se ha fugado Ud?

—Seis veces: dos de los carros, una de la cárcel i las demas del camino.

—¿I de la Penitenciaria?

—No me he fugado nunca.

—¿Podria referirnos las peripecias de algunas de esas evasiones?

—¡Um!... yo sé mucho, señor, mi vida es mui linda. Don

Benjamin Vicuña Mackenna queria que se la contase para escribirla, prometiéndome que yo ganaria mucha plata, pero no quise porque mi vida no se ha de publicar hasta que yo salga de aquí.

—Pero no exijimos que cuente toda su vida. Solo deseamos saber un capítulo de ella, capítulo que será como el prospecto que despierte desde luego la curiosidad sobre la biografía de Ud.

—¿Por qué se toma Ud. tanto interes en saber mis acciones?

—Porque tenemos que satisfacer, a nuestro turno, la curiosidad de los lectores de *El Ferrocarril*.

—¡Ah! *El Ferrocarril*; voi a contarle una de mis fugas, de la que nadie sabe todavia los detalles; pero me ha de mandar un número.

—Convenido.

Habla Falcato:

Voi a contarle mi fuga de la cárcel. Era intendente don Máximo Mujica i él mismo, como juez me habia condenado.

Don Máximo Mujica era un hombre mui severo i a mí me aborrecia a muerte. Me habia puesto un guardia especial, un tal Tapia, que fué despues fusilado en Talca en la revolucion del 59. Tapia era mi sombra.

Un dia fraguamos i ejecutamos un proyecto de evasion entre cinco. Abrimos un forado que iba a dar a una acequia que venia del convento de Santo Domingo. Los cuatro compañeros se escaparon. Yo no podia hacerlo tan facilmente porque llevaba un grueso grillete remachado en un pié. En ese momento llegó el cabo Norambuena a pedirme una taza para recibir su racion de frejoles. Yo me dije: «si presto a éste la taza, vendrá luego a devolvérmela, entónces me echará de ménos i me perderé»

—¡Quién, come ahora frejoles, le dije, tome Ud. esta peceta i coma a mi salud.» Metí la manó al bolsillo del chaleco i le di la moneda.

El cabo se fué mui contento. Inmediatamente dije a los niños que estaban en el patio, i que sabian que yo me iba a fugar: «Embrómenme a Tapia.» Los niños se pusieron a jugar con éste i en el juego lo abrazaron entre cuatro; pero fué tan fuerte el abrazo que Tapia no pudo moverse ni gritar hasta que los niños calcularon que yo habia emprendido el vuelo.

Miéntas tanto, yo apénas vi *abrazado* a Tapia, entré a mi calabozo, limé los grillos con limas preparadas de antemano i me lancé al forado.

En la operacion de limar mis cadenas, demoré algun tiempo, así es que cuando los niños soltaron a Tapia i éste se fué rectamente a mi calabozo, encontró los grillos *calientitos* i dió la voz de alarma.

Todavía estaba yo en el forado cuando se dió esta voz; así es que pude oír imperfectamente los gritos de Tapia que decia:

—Pronto, pronto, Falcato se ha ido!!

Yo llegué a la acequia, me di en ella un baño que no me vino mal porque hacia mucho calor i eran las diez del dia, salí a un patio, subí al tejado i me dejé caer a otro patio (casa donde están ahora los baños de Santo Domingo.)

Aquí me vió una mujer i me dijo:

—;Qué anda usted haciendo, Jesus mio!

—No le dé cuidado, mi alma, le dije yo; *lueguito* vuelvo. Estése calladita i le convidaré con un entierro que ando buscando.

La mujer calló.

Por último salté otra pared para llegar a la plazuela de Santo Domingo. Dios que me quiere para bien, me salvó por que me precipité de una gran altura sin que en la caída sufriera lesion alguna.

;Gracias a Dios, estaba en la plazuela!

Podia haber entrado al convento pero no quise.

Tomé la calle de la Neveria hasta llegar al Tajamar; una vez allí, seguí en direccíon al puente de Palos.

De improviso me detuve. Desde la plazuela de Santo Domingo un perro negro, grande, me seguía. ¿Por qué iba este perro tras de mí?

Una superstición antigua vino a mi mente: «Este perro debe ser el diablo que quiere perderme». Saqué entónces un escapulario de la Virgen del Cármen i mostrándoselo al perro dije:

—Quítate de aquí maldito! i acompañando la acción a la palabra, disparé al perro una pedrada i le hice la señal de la cruz.

El perro negro desapareció.

Antes de llegar al puente de Palos, una mujer que estaba vendiendo empanadas me dijo:

—¿Qué tiene Ud? ¿por qué va Ud. tan mojado i sin sombrero?

—Me acabo de caer al río, le contesté en el acto.

La mujer quedó satisfecha.

Me fijé entónces en que un vigilante estaba parado a la entrada del puente.

Esperé un momento.

En el otro extremo se formó una bulla i el vigilante abandonó su puesto para acudir al sitio del desorden.

He aquí, pues, que la Providencia que me había librado de la muerte en Santo Domingo, me libraba ahora de la policía en el Puente de Palos.

Atravesé el puente i me interné en la Chimba; allí estuve en casa de un amigo i a los pocos días emprendí el camino de Valparaíso.

Don Máximo Mujica supe que decía:

—Solamente que fuese pájaro se me escapa.

I lanzó tras de mí a sus mejores espías i a sus esbirros mas veteranos.

Después de muchas peripecias, después de muchas noches i días sin pan, sin abrigo, sin agua, sin conocer el

terreno que pisaba, sin conocer a los hombres por donde pasaba, llegué a Coquimbo.

—Entonces ¿Ud. no se embarcó, le preguntamos?

—Oh! si me hubiera embarcado, me habrían echado el guante en el acto. Yo era jóven i perspicaz i no podia cometer esa *chambonada*.

En Coquimbo anduve siempre disfrazado. Frecuentemente me vestia de *futre*. Usaba capa a la española, sombrero de copa alta i guantes. El puro no se despegaba de mi boca.

Pero los Judas, que nunca faltan, me vendieron.

Un dia estando yo en una situacion igual a la de ahora, conversando con usted, llegaron los soldados por detras de mí i me prendieron.

Hacia seis meses de mi fuga cuando *me tomaron*.

Hé aquí lo que usted deseaba saber i que nadie sabe, ni aun don Benjamin.

—¿I en qué piensa usted de noche?

—Todas las noches me llevo pensando en los comunicados que he de poner cuando salga en libertad. En ellosaré ver cómo han procedido mis jueces.....

Falcato cesó de hablar un momento i luego, con voz inmovida continuó:

—Tantos años que han pasado! Todos aquellos que me perseguian han muerto! Solo yo vivo! Jueces, fiscales, comisionados secretos, enemigos, todos han desaparecido. Dios me reserva para una vida muí tranquila.

Vine aquí la primera vez tan enfermo! Me habian dado dos balazos; yo no pensaba vivir; pero en mi prision me atendieron mucho: hubo junta de médicos i esos médicos me salvaron. Esta atencion se la debo a los señores Montt i Búlnes. De eso viviré eternamente agradecido.

—¿I usted no ha hecho versos en sus largos años de meditación carcelaria?

—Cuando estuve cinco años con una maza tremenda de palo al pié, entonces me pasé poetisando.

—No recuerdo alguno de sus versos?

—Cuando escriba mi vida los publicaré todos: oh! yo le aseguro que al que lea mi vida se le han de rodar las lágrimas. ¡Sí! llorará mas de cuatro veces al dia!

—Pero recuerde siquiéra uua o dos estrofas,

—En unas décimas dando consejos para que se respete a la mujer, i para que nunca se la golpee, he dicho:

Qué concepto harán de tí,
Dirán que eres un cobarde,
Que haces de tu fuerza alarde
I que eres un maniquí;
Si lo consideras, di
Cuál es vuestro parecer;
Es preciso comprender
Que donde hai delicadeza
Es cobardia i bajeza
Castigar a la mujer.

Falcato ha compuesto tambien versos eróticos. En una décima encontramos estos cuatro versos que no carecen de sentimiento:

Desde el momento en que vi
La imájen de su belleza
Una angustia, una tristeza
Se ha apoderado de mí.

Tambien nos ha llamado la atencion esta décima:

Solo si la horrible muerte
Con su guadaña atrevida
Corta el hilo de mi vida,
Dejaré yo de querer te.
No creas que de otra s uerte
Deje de ser tu amator,
I en prueba de que traidor
Nunca he sido ni seré,
Al morir te dejaré
Un testamento de amor.

Entre los muchos cuadernos de versos que hemos recogido de la Penitenciaría, llama la atención el que todos los que se dedican a rimar, lo hagan siguiendo el metro de las décimas i que escojan casi siempre temas bíblicos.

Dejando a Falcato, pasemos al preso 363, otro hombre caviloso que pasa las horas de la noche pensando en perfeccionar un invento i comunicando al papel sus impresiones.

El 363 dice que ha pasado todo un año pensando en su celda sobre un descubrimiento que consiste en librar a la sociedad de los malhechores i en apartar del mal camino a sus compañeros de desgracia.

El 363 no quiere revelar su secreto porque dentro de 5 meses estará en libertad i entónces podrá llevar a cabo su idea sin necesidad de nadie que pueda arrebatárle su gloria.

El invento consiste en tres cosas: 1.º en una llave que solo puede usarla el dueño de casa; 2.º en un aparato que cazará a los ladrones cuando hayan logrado abrir una puerta; i 3.º en un techo salva-vidas para el caso de que una familia se vea de repente acorralada en un cuarto.

—¿I por qué no hace Ud. diligencias desde luego para dar a conocer su invento?

—Porque si hago público que tengo un secreto para cazar ladrones, mis compañeros de prision me matarán.

—¿Está Ud. seguro de no haber perdido la razón?

—Estoi tan seguro que por eso no he querido revelar el secreto esperando con paciencia el fin de mi condena que será dentro de cinco meses.

—¿Ud. ha ensayado prácticamente su aparato?

—Si, en mi celda he hecho el experimento con palitos i ha salido bien. Yo soi de profesion carpintero i en Valparaiso trabajé con unos mecánicos ingleses; por eso conozco muchas reglas teóricas i prácticas que me han ayudado en mi produccion la que, tengo seguridad, me proporcionará comodidades para el resto de mis dias.

A mi me conocen muchas personas. A la esposa del señor Miguel Luis Amunátegui le he trabajado 5 años en su hacienda.

—¿I por qué está Ud. aquí?

—Por un robo en el que no tuve mas culpa que haber defendido el honor de una mujer. A usted le contaré esto que no quise decir a los jueces.

Yo adoraba a una jóven que era ama de llaves de una casa mui principal. Juré casarme con ella. Siempre nos veíamos en altas horas de la noche i formábamos miles de proyectos para el porvenir. ¡Ai! el porvenir se encargó de burlarse de nuestros locos desvaríos!

En las vacaciones, la familia de la casa salió al campo. Yo fui como siempre a la cita de la que iba a ser mi mujer. Pero al retirarme, con el alma henchida de dulces ilusiones, me olvidé una noche de cerrar la puerta de calle. Varios, que me asechaban probablemente, entraron a la casa, robaron todo i despues me hecharon a mi la culpa. Yo, por no comprometer el honor de aquella que amaba mas que a mi vida, guardé silencio i fui condenado.

Oh, señor, usted pudiera hacer llegar a su poder estas décimas. Vive en.....

I nos entregó unas décimas glosadas sobre este cuarteto.

«Por estar léjos de ti

Me valgo de este papel;

Harás recuerdos de mi

Cuando llegue a tu poder.»

—¿No tiene usted algunos otros versos?

—Sí, señor; ya que no puedo hacer prácticamente la prueba de mi descubrimiento ¿qué hará un pobre preso sino pensar en aquellos que en el mundo lo amaron? ¿Qué hará sino distraer su imaginacion haciendo versos? Aquí

ando trayendo cinco décimas sobre un huaso. Las he hecho en uno de mis raros momentos de buen humor.

Dichos versos dicen a la letra como sigue:

Como no habia llegado
Jamás a la capital
Pensando que era corral,
Salió mui desconsolado
I de allí salió asustado
Por todas partes mirando,
Siguió siempre caminando
Llegó al cuartel de bomberos:
—¿Hai merienda, caballeros?
Llegó un huaso preguntando.

Un cabo le dijo: «pase,
Allí es la cocinera
I para una sastreria
Lo dirijió que marchase;
Le hizo señas que se apease
A pedir lo que quisiera.
Una modista estrangjera
En la puerta se paró
I el huaso le preguntó:
«¿Tiene pescado, casera?»

La madama se enojó
I le dijo que no habia
I para una dulceria
Con un niño lo mandó
Allí el huaso se bajó
I exclamó de esta manera:
«Póngame una fuente entera
De ese marisco espinudo»
—No hai mas que pescado crudo,
Le respondió la ventera.

De allí se mandó mudar
Hasta que dió con la Plaza
»Yó, dijo, aquí en esta casa
Lo que busco he de encontrar»
Una le fué a preguntar
Que andaba solicitando
—Pescado vengo buscando
I la moza le decia:
—Aquí hai, pero todavia
«No han frito, estan escamando.

Al fin cumplió su apetito
En los dias del dieziocho.
Allá cerca del Mapocho
Pescado guisado i frito
Comió aquel huaso maldito
Hasta quedar empachado;
Tuvo al haber espirado,
I lo que se mejoró
Dijo el huaso: «ya mas no
Volveré a comer pescado.»

Pasemos a otra cosa.

Entremos primeramente a examinar una escalera hecha por uno de los presos.

Este preso lleva el número 476 es pintor i se llama A. C. Hace dos años se le habia destinado para pintar los catres en el taller de herreria.

El 476, con una paciencia admirable, recojia los pedacitos de sunchos de fierro i fragmentos esparcidos por el suelo.

Cuando nadie se fijaba en él, bajo pretesto de enderezar la pata de un catre o remachar un clavo, tomaba el martillo i el cincel i clavaba un pedazo de fierro a un suncho. Estos pedazos de fierro eran los atravezaños de la escalera i no tenian mas de medio decímetro de largo,

es decir lo preciso para apoyar la punta del pié. De este modo fué añadiendo pedazos de sunchos con atravezaños, hasta que pudo formar una escalera de 4 metros i medio de largo, llena de resortes i con un gancho en la punta. Cuando la escalera estuvo concluida, i cuando la evasión debia verificarse en la noche, la fatalidad dió al traste con todo,

El pintor tuvo un disgusto con otro compañero i éste, por vengarse, dió aviso al superintendente.

El señor, Urizar Gárfias hizo que el pintor ejecutara delante de él un escalamiento valiéndose de su ingeniosa escalera. Efectivamente, el pintor subió i bajó con la mayor facilidad.

El superintendente impuso al 476 la pena de estar durante una hora, descalzo, subiendo i bajando por la escalera.

Fué aquel una especie de suplicio de Tántalo. El pintor subia, llegaba a la cima, divisaba el lejano horizonte, veia en lontananza las cúpulas i los palacios donde todo un pueblo gozaba de libertad; pero tambien veia allí cerca al centinela que le apuntaba el cañon de su carabina.

«Salí al patio de la cárcel,

Miré al cielo i dí un suspiro:

Dónde está mi libertad,

Dónde está que la he perdido?»

Fué tambien aquel una especie de suplicio del tonel de las Danaides: subia i bajaba, sin poder llegar a su fin.

«Quevedo, decia él, fué mas feliz que yo.»

IV.

«EL FERROCARRIL» DEL 11 DE FEBRERO.

Decíamos en nuestro número de ayer que Falcato no quería contarnos ninguna de las innumerables circunstancias de su vida porque se reservaba para cuando publique su biografía. Otra de las razones que motivaban su negativa era que, según él decía, los diarios se han complacido en todos los tiempos en adular los hechos a fin de presentarlo a los ojos de la sociedad como un malvado sin Dios i sin lei, sin corazón i sin conciencia.

Prometimosle narrar las cosas tal como él las refiriese i para mayor seguridad prometimosle un ejemplar de *El Ferrocarril*.

Ayer, en efecto, se lo presentamos, leyó lo que a él concernía i dijo:

—Es exacto; así me gusta a mí, que se diga la verdad.

—Ahora que sabe que referimos al público las cosas tales como pasan ¿podría usted contarnos los incidentes de alguna de sus otras evaciones?

—Voi a contarle una mas bonita que la de ayer para que uste se convenza de lo que le decía, a saber: que mi vida es mui linda. ¿Qué importan esas vidas que cuentan de extranjeros! Ninguna vale lo que la mia. Toda mi vida es una série no interrumpida de emociones, una agitación continúa, un batallar incesante, un ir i venir interminable, un flujo, i reflujo, inacabable i eterno.

Yo soi un náufrago, señor, que voi asido a una débil tabla en el mar borrascoso de la vida; de repente llego

a un peñasco i descanso, luego la ola me arroja i vogo i vogo sin cesar i nunca, nunca arriba a puerto seguro.

Soy una especie de Judío errante a quien la fatalidad ha dicho: anda! anda!

Si he estado trabajando honradamente, los envidiosos me han calumniado; si he estado encerrado en una prision, el destino me ha impulsado a la fuga; si he estado prófugo, no he podido conciliar un momento el sueño.

En fin, sea lo que Dios i mi señora del Cármen quieran!

Para comprender mejor la narracion de Falcato preciso es que se sepa que entre los presos de la Penitenciaría se usan palabras especiales, jerga carcelaria, argot chileno, cuya clave es preciso anticipar:

<i>Los niños,</i>	significa	los presos.
<i>Garabato,</i>	id.	el cuchillo.
<i>Rasguño,</i>	id.	puñalada.
<i>Travesear,</i>	id.	pleito a puñaladas.
<i>Tostar,</i>	id.	disparar balas.

Despues es preciso advertir que las escapadas de Falcato no tienen semejanza con las evasiones célebres de Europa.

De los Plomos de Venecia, de aquel lúgubre puente de los Suspiros, se escapó Casanova; pero esa evacion fué sin combate.

Roquelaure se escapó de la Concerjería pero fué porque la mujer del alcaide, le preparó el camino haciendo abrir ella misma el forado.

Latude escaló la Bastilla; pero no espuso su pecho al fuego de 50 carabinas.

Otros se han fugado o porque salian disfrazados con los vestidos de la mujer o porque habian recibido una escala de cuerdas dentro de un pastel.

Todos éstos tenían o protectores poderosos o instrucción profunda o aventuras galantes que contribuían al éxito de la fuga.

Falcato no ha tenido mas que su valor. I si alguna aventura galante ha contribuido al éxito de sus planes, ha sido en mui pequeña escala, como vamos a verlo.

Tambien es preciso tener presente que Falcato se ha huido de esas especies de pontones de tierra que se llamó en otro tiempo «Los Carros.»

En las prisiones de Europa i en la Penitenciaría de Santiago se ha podido habrir un forado i escapar sin lesion; se ha podido recurrir a miles de estratajemas para huir sin peligro: en nuestras prisiones ambulantes de hace mas de 40 años, como en los pontones ingleses, «la idea de la fuga tenia que ser inseparable de la catástrofe, al pensamiento de la libertad iba indispensablemente unido el de la muerte.»

Para huir era preciso combatir. Cada carro, con cuatro centinelas i allí cerca de esos carros una compañía veterana, hacia necesario, imprescindible el combate, precisa e indispensable la muerte.

.....
Tiene la palabra Falcato:

En el año cuarenta estábamos trabajando en la quebrada de los Alabados, a la bajada del puerto de Valparaiso. Recien habíamos terraplenado un pedazo de cerro para poner los *Carros*.

Se nos hacia trabajar tanto i era tanto el rigor con que se nos trataba que resolvimos sublevarnos.

Unas niñas nos proporcionaron unas limas de acero i cuchillos de cocina.

Era preciso, ante todo, limar las cadenas i esto lo conseguimos con bastante felicidad.

En la tarde, cuando todos los presos regresaron del trabajo a los *Carros*, al pasar por delante de la guardia debíamos arrojar de improviso nuestras cadenas i lanzar-

nos sobre los fusiles. Este plan se frustró porque en el momento de llegar la tropa frente a los fusiles hizo una evolucion por flanco derecho i nos llevaron directamente a los Carros.

Esta compañía era del Carampangue, que es como decir el *batallon sagrado* del ejército chileno i la mandaba el capitán Urrutia.

--¿El que despues fué jeneral?

--Creo que sí. Luego le contaré cómo en esa fuga me encontré con otro que hoi es también jeneral.

Viendo yo que no habíamos podido echarnos sobre el cuerpo de guardia dije a los niños:

--Mañana ántes de sacarnos para el trabajo nos registrarán, verán que tenemos las cadenas limadas i entónces la azotaina va a ser de no contarla. Por fuerza debemos irnos esta noche.

Todas aprobaron mi parecer i a las nueve de la noche nos quitamos de un golpe las cadenas i nos fuimos sobre la guardia.

Eramos diez. El cielo amenazaba lluvia.

Pero nos tocó la desgracia de que los fusiles estaban en pabellon i al ir a tomar cada uno el suyo no los pudimos separar sino que, por el contrario, todos justos se fueron al suelo haciendo un estruendo que parecia que se venia el mundo abajo.

Nosotros no sabíamos que cuando los fusiles están en pabellon se necesita treta para poderlós apartar.

No nos quedó mas remedio que echar a correr porque nos principiaron a tostar balas que daba gusto.

Cada uno *cortó* para su raya. Yo i un negro Fuentes que habia venido del Perú con el ejército del jeneral Búlnes, tomamos la direccion de Valparaiso por unas serranías.

No he visto en mi vida hombre mas corredor que el negro i, sin embargo, no tenia dedos en los piés aquel diablo!

De atrás nos seguían tostando balas que parecía el juicio, pero no nos apuntaban por estar la noche muy oscura.

Llegamos a la cumbre de un cerro i al mirar al otro lado vimos que teníamos cortada la retirada. El cerro era por ese lado vertical i como si lo hubiesen cortado a pico i un abismo sin fondo nos convidaba a la eternidad.

Principió a llover con fuerza.

¿Qué hacer en situación tan crítica?

A nuestros piés estaba el precipicio; a pocos pasos en el cerro se oía el sordo ruido de los fusiles; sobre nuestras cabezas tronaba el cielo.

Un relámpago razgó las nubes e iluminó el espacio: entonces vimos i nos vieron; los soldados vieron su presa, nosotros vimos la esperanza.

Lo que habíamos creído un abismo a causa de lobreguez de la noche, era una laguna a treinta varas de profundidad.

Los soldados prepararon sus fusiles; nosotros nos tiramos al fondo de cabeza.

Ni uno ni otro sabíamos nadar; pero como habíamos caído a la orilla nos agarramos de unas ramas i pudimos salir, despues de mucho trabajo. Nuestras ropas chorreaban agua i nuestras frentes sudor.

—¿I no se hicieron nada en la caída.

—Nada; Dios nos protejió visiblemente. La laguna tenía en el fondo piedras colosales contra las cuales nos habríamos estrellado; pero también tenía mucho fondo i eso nos salvó.

Los soldados desistieron de su persecución; aunque no dejaron de hacer fuego.

Seguimos corriendo cerro arriba por entre espinos, piedras i malezas, cayendo i levandando a cada paso.

De repente tropezamos con uno de los niños, llamado Juan Verdugo que ya es muerto.

El pobre estaba rendido por el cansancio. Casi se ahogaba por la falta de respiración.

Le apretamos bien la barriga i le echamos orines en la boca.

—Cómo! qué dice Ud?

—Oh, Ud. no sabe, ese es un remedio excelente. La prueba de ellos es que al poco rato Verdugo pudo andar.

Viéndolo mejor i habiendo cumplido con una de las obras de misericordia, nos alejamos.

Llegamos al puerto i nos dirijimos en busca de un amigo cochero para rogarle que nos llevase a otro lugar.

Al llegar a la quebrada de San Juan de Dios, dos serenos nos dieron la voz de *alto!*

—Hombre, dije a mi compañero, aquí le toca a cada uno el suyo.

l nos fuimos a la carga. En un instante *rasguñé* al mío, le quité el pito i el sable i fui en ayuda de mi compañero que estaba *acollarado* con el otro en el suelo.

Este otro policial se llamaba Parra i había sido soldado del regimiento de Cazadores, así es que manejaba muy bien el sable.

Me envolví la *manta* en el brazo izquierdo i creyendo que el que estaba encima era Parra le di un sablazo. Mi compañero, que era a quien yo había pegado, saltó i echó a correr.

Parra se puso de pie. Nos miramos de frente como dos toros prontos a investirse; nos retiramos un poco i luego nos fuimos a la carga. Peleamos mucho rato; yo le paraba todos los golpes con mi *manta* enrollada en el brazo izquierdo, así es que ésta quedó completamente hecha pedazos.

Como ya me iba cansando, boté el sable i me le fui al cuerpo. En un instante lo eché a tierra, le pegué a mi gusto, lo *rasguñé* bastante, tanto que casi lo maté, le eché arena en los ojos i corrí a buscar a mi compañero. Luego lo encontré.

Nos escondimos en un monton de madera porque una partida de 50 hombres al mando del comandante Jofré andaba buscandonos. Un policial apellidado Tapia que andaba registrando la leña para encontrarnos nos vió i dijo en alta voz:

—Por aquí no están.

Pero al mismo tiempo hacia señas con la mano indicando que estábamos.

Yo entónces salí del monton i corrí por la playa. Toda la partida se fué tras de mí; yo me batí en retirada. Al sereno que se acercaba lo hacia besar el suelo a bofetadas i seguía corriendo.

Así peleando anduve desde la quebrada de San Juan de Dios hasta la quebrada de lo Orrego. Al llegar aquí el comandante Jofré exclamó.

—Déjenmelo a mí solo.

I me disparó un balazo pero erró el tiro. Entónces muy furioso sacó un florete i me dió un puntazo tan feroz que penetró por los dobleses de la manta i me hirió el brazo en el codo. Yo le tiré el *garabato* con furia por la costilla izquierda; pero como no estaba afilado i el comandante tenia capote i casaca acolchonada, no le hice el mas lijero daño. Medio loco de cólera, cegado por la sangre de las heridas que había recibido, con un vértigo en vez de razon en mi cabeza, me precipité sobre el comandante, lo agarré por la cintura, i a pesar de que era un hombre de estatura casi doble de la mia, lo levanté en peso i los dos caimos al suelo. Le mordí las narices, le eché arena en los ojos, arañé la arena i escondí mi cuchillo.

Los soldados no se atrevian a disparar sobre mí ni a maltratarme por temor de herir al comandante.

Por fin, pudieron separarme de él, me golpearon hasta dejarme exánime, me amarraron i me llevaron al cuartel de policía.

Allí me preguntaron por el cuchillo. Contesté que no habia cargado tal arma.

I en efecto; nadie pudo imaginarse que yo hubiera ocultado el cuchillo en la arena en el momento en que luchaba con el comandante. Ud. es el primero que lo sabe ahora.

Me dijeron que por qué tenía la *manta* tan llena de tajos i contesté que no era mia, que me la acababan de prestar.

Recuerdo que en la oficina había un médico que al verme entrar dijo:

—¡I cómo traen vivo a ese miserable! ¡debían traerlo muerto.

—Ven a matarme, tú le contesté.

Toda la noche me tuvieron amarrado, con grillo i sin poder sentarme, con dos centinelas a la vista.

Cuando al día siguiente me quisieron llevar al juzgado no podía moverme.

El resultado es que de los 10 que nos fuimos, lograron su objeto 7, que dos fuimos golpeados bárbaramente que uno fué ensartado por el pescuezo en la bayoneta de un soldado.

Entónces me condenaron por 10 años. Si en ese día hubiera yo tenido un buen puñal o una pistola, le aseguro que habría muerto mas de cuatro; pero mas vale que haya sido así, porque sino me habrían fusilado i Ud. no sabría todo esto.

—¿I no ha intentado Ud. escaparee de la Penitenciari?

—No he querido hacerlo ántes; ahora, aunque lo deseara, no podría. No hai muralla ni celda segura, lo que vale en las prisiones es el ojo vijilante del empleado.

Hubo un tiempo en que yo gobernaba esta casa, cuando era director el mayor Castro i superintendente el señor J. M. Barriga: entónces ni habia pleitos ni fugas porque yo vijilaba mucho.

—¿Cuánto tiempo le falta para salir en libertad?

—15 meses.

—¿I no confia Ud. en que sus jueces puedan hacerle alguna gracia?

—Nó, señor, los jueces son lo mismo que los relijiosos. Le dicen a uno: «Tenga paciencia hijo.» aunque le esten arrancando los ojos.

Para concluir esta conversacion con Falcato, falta explicar que lo que él llama Plaza de lo Orrego es en la actualidad la Plaza de la Victoria,

V.

«EL FERROCARRIL» DEL 12 DE FEBREERO.

Francamente que nos hemos encariñado con Falcato i a él debe sucederle lo mismo, puesto que nosotros lo buscamos para conversar i él se presta gustoso a contarnos las peripecias de su azarosa vida.

En un artículo anterior hemos comparado a Falcato con Cartouche. Esta comparacion es exacta en cuanto respecta a la serenidad, astucia, arrojo i variedad en los hechos; pero por la que toca a otras circunstancias hai entre Falcato i Juan Valjean muchos puntos de contacto.

Juan Valjean fué impulsado al robo por un pedazo de pan para sus sobrinos, i una vez en esta pendiente fatal fué descendiendo mas i mas; Juan Valjean pudo evadirse gracias a sus fuerzas prodijiosas; en la conciencia de Juan Valjean se libraban combates espantosos entre el bien i mal, venciendo ora el uno u ora el otro i haciendo que su cabeza encaneciese en una noche; Juan Valjean, en fin, no pudo tener un momento de reposo por las persecuciones de la policia personificada en Javert.

Falcato, a pesar de sus años, i de sus enfermedades, conserva aun sus fuerzas extraordinarias, el temple de su alma esforzada, los sentimientos encontrados de su grande corazón.

El tiempo i los huracanes han pasado sobre él como sobre la encina: lo han doblgado un momento pero luego ha vuelto a levantarse.

Así es que hoi dice todavia en su prision: «No temo na-

da, aquí estoy pobre, pero saliendo en libertad, con mi trabajo, yo clavo la rueda de la fortuna; nunca he desesperado de ella ni aun en la época en que estuve 5 años con una enorme maza al pié; despues de 40 años de trajectorias, mi brazo, mi espíritu i mi corazon están robustos.»

I en efecto, Falcato que actualmente está convaleciendo en el hospital de la Penitenciaria, muestra en su pupila todo el brillo de la juventud; i en su pequeño pero bien formado cuerpo, la musculatura de un atleta.

Solo unas cuantas canas se han atrevido a salir en la cabeza i en el bigote de este ser extraordinario.

Cualquiera puede asegurar que vivirá todavia cincuenta años.

¡Cuánto no habria hecho este hombre en beneficio de la humanidad si en las tempestades de su conciencia hubiera salido vencedor el espíritu del bien!

Dentro de quince meses, cuando Falcato empuñe su pasaporte de libertad ¿encontrará un monseñor Bienvenido Miriel que rehabilite por completo su alma?

I despues su hija que hoi es de diez años ¿hará respeto del padre el papel de Coseta?

—Mi mas ardiente aspiracion por ahora, nos decia ayer Falcato, es que la autoridad llamase a todos los comisionados i, que uno por uno, se le preguntase, bajo juramento, si soi culpable. Tengo la seguridad de que todos dirían que soi inocente. Solo entónces podria yo dedicarme a trabajar tranquilamente con mi mujer i mis hijos.»

Ahora, ántes de narrar, una de las mas interesantes pájinas de la vida de Falcato, es necesario hacer prece-der la clave de algunas palabras que en ellas figuran;

<i>Andar en malas</i> , quiere decir,			prófugo.
<i>Ronceando</i>	»	»	buscando.
<i>Pastorear</i>	»	»	espíar.
<i>Amansarlo</i>	»	»	conquistarlo.
<i>Hachazo</i>	»	»	vaso de licor.

Dejemos hablar al autor:

Después de mi fuga de la cárcel de Santiago, que usted ha publicado en *El Ferrocarril*, sabe usted que fui a parar a Coquimbo i que allí me disfrazaba de distintas maneras.

Tenia tantos amigos que pronto pude asistir con mi capa i mi *colero* a reuniones donde iba el mismo intendente don Juan Melgarejo, caballero que habia desempeñado este mismo destino en Valparaiso, allá por los tiempos de la sublevacion de la Rampla que tambien ha relatado usted a los lectores de *El Ferrocarril*.

Sucedió muchas veces que el intendente se retiraba tarde de la noche i yo lo iba a acompañar hasta la puerta de su palacio.

En ese año se descubrieron los lavaderos de oro de California i yo traté de ir a esas tierras a tentar fortuna.

Però supe que de Santiago habia ido un comisionado secreto llamado Pedro Villanueva a perseguirme. Como andaba en *malas* me habia puesto otro nombre. Me conocian por Francisco Antonio Valdés, porque soi Valdés por parte de madre.

Cuando supe que iba Villanueva, me fui al Huasco i trabajé ahí tres meses en la chacra de don José Maria Duque.

Villanueva fué a buscarme al Huasco. Entónces le dije a un amigo.

—Vé modo de hacerte amigo con Villanueva i de atraerlo a algun sitio donde yo pueda entenderme con él.

—Pero, hombre, mejor es que te ocultes.

—No quiero.

—En efecto, mi amigo convidó a Villanueva a una taberna, le dió bastante que beber i luego lo arrastró a donde yo estaba diciéndole:

—Vamos a hacer una diligencia que nos conviene.

—Cuando vi que iba hacia el sitio donde yo estaba, me adelanté i al pasar junto a mí amigo lo topé con el hombre.

Mi amigo me tendió la mano i luego dijo:

—Te presento a mi amigo, Pedro Villanueva.

—Francisco Rojas Falcato, servidor de Ud.

Villanueva dió un salto atras; pero yo no le solté la mano de amigo que me acababa de presentar i le dije:

—Sé que me andas buscando.

—La verdad sea dicha; sí.

—Sé tambien que traes dos requisitorias, una para el intendente de la provincia i otra para el gobernador del Huasco, don Santiago Prado.

—Traigo una para don Santiago Prado; aquí la tengo.

—Dámela.

—Aquí la tienes.

Me guardé la requisitoria en el bolsillo i le dije:

—Mañana la examinaré. ¿Cuánto te van a pagar porque me entregues?

—Cien pesos.

—Pero, hombre; vas a echar una mancha sobre ti i tu familia; todos te mirarán con desprecio; mejor es que digas que no me has encontrado i yo te regalaré un caballo que tengo en Coquimbo i otras cositas que no te disgustarán.

—Cierto, hombre, así lo haré i ¿dónde estás alojado?

—Yo no tengo alojamiento fijo. Vivo como los jitanos.

(No era tan tonto para decir a nadie donde me alojaba).

Me aseguras que no has dado aviso a don Santiago Prado?

—Sí.

—¿I cómo me han ido a buscar a Freirira?

—Será por otra cosa.

—Bueno, dentro de dos dias estaremos en Coquimbo para darte lo que te he prometido.

—Hagamos juntos el viaje?

--No tengo inconveniente.

Antes de llegar a Coquimbo, eché adelante a Villanueva i le dije a un amigo: «Andame *pastoreando* a éste; no vaya a suceder que me quiera traicionar.»

Villanueva me ofreció alojamiento i yo le contesté que de día viviria en el cerro i de noche bajaria a la ciudad para hablar con él.

En la noche siguiente, dije a mi amigo:

--Tráeme a Villanueva para darle la plata i el boleto del caballo que le ofrecí.

(El caballo lo tenia yo en la chacra de «Lo Aguirre.»)

Te espero en la calle de la Portada, puente de *Don Manuel el ingles*.

Cuando estaba sentado en el puente llegaron tres individuos i uno se adelantó a pedirme fuego, siendo así que yo no estaba fumando.

--No tengo, conteste i eché mano a un puñal i dos pistolas de dos cañones cada una, bala de onza, que llevaba.

Los hombres se fueron.

--No vaya a ser cosa, dije para mis adentros, que éstos me anden *ronceando*.

I me fui a una calle angosta que estaba cerca del Puente.

Luego llegó mi amigo.

--¿I Villanueva?

--No ha querido venir, dice que vayas tú para convidarte un vaso de ponche; está en el despacho de Varas.

De paso le diré que nunca he sido aficionado al licor; nadie me habrá visto en la taberna, ni en las fondas en los *Dieziochos*.

En ese momento llegaron varios individuos muy cerca de mí, tanto que yo di un salto atrás; pero entonces, ellos miraron dentro de una ventana i dijeron en voz alta:

--No están las niñas, hombre; vámonos.

I en efecto, se fueron.

Fui al despacho de Varas, pero no quise entrar porque

veía pasar muchos bultos por la calle. Despues supe que eran todos policiales disfrazados.

Villanueva salió a la puerta con un vaso de ponche—*un achazo*—i me exijió que bebiera. No admití; me volvió a exigir i tanto que tomé el vaso, i *me hice* que tragaba.

En ese instante cayeron sobre mí muchos hombres que me sujetaron fuertemente no dándome tiempo para *agarrar* mi puñal. Pero ya que no pude hacer uso de mis armas, lo hice de mis dientes. Le dí un mordisco tan atroz en la cabeza, al que se me puso por delante que le arranqué un pedazo de cráneo. Entónces fué cuando perdi los cuatro dientes de adelante en las encias de arriba i son tambien los unicos que me faltan. Me apretaban la garganta casi asta estrangularme a fin de que soltara mi presa; pero no la solté *nunca* hasta que salí con el pedazo de cráneo en la boca.

Me amarraron bien i me llevaron en una *angarilla* donde el intendente que deseaba conocerme.

Cuando éste me vió retrocedió asustado: tenia delante de sí a su acompañante nocturno de otras veces.

Yo no me di por entendido de que lo conocia. Me llevaron al cuartel donde estuve un rato, porque luego me trasladaron a la cárcel.

Desde ese momento principié a fraguar mi plan para escaparme.

Ante todo, obsequié bastante a la tropa.

—¿I de dónde sacaba usted dinero?

—Es que he tenido el gran defecto de jugar i como no soi tonto.....gano siempre.

Cuatro dias ántes de mí santo principié a hacer gran acopio de provisiones para celebrarlo. Los amigos — porque yo he sido siempre mui querido i he tenido amigos en todas partes—me traian grandes canastos de naranjas i uva i en el fondo iban escondidas *copuchas* de aguardiente. En los cuatro dias alcancé a juntar media ároba de

aquel aguardiente de Coquimbo que es tan rico. También hice que me comprarán una botella de opio.

Por este lado el plan iba bien; pero había dos puertas de fierro que era preciso abrir. Me valí de un muchacho que estaba preso en el patio de afuera. Lo acaricié bastante i un día le dije:

—¿Te quisieras ir conmigo?

—Como no, pues, taitita.

—Pero eso depende de ti.

—¿Cómo?

—Abre, cuando yo te diga, esas dos puertas con esta ganzúa.

—Magnífico, dijo el chiquillo, saltando de gusto.

Otra dificultad: debíamos fugarnos por la bóveda i para subir se necesitaba una escalera.

Recurrí al chiquillo.

—Mira, le dije, esa *angarilla* con que arrojas la basura, la dejas mañana escondida allí en aquel basural. De eso depende el que te lleve.

—Convenido.

Todavía otro obstáculo: dos perros que tenía el alcaide. Estos malditos *quiltros* habían sido causa de que un preso no se hubiera escapado dos meses ántes.

Mandé comprar una *pepa covalonga*, hice unas píldoras i le encargué al chiquillo que se las diese a los perros, el día de la evasión, sin que nadie lo viese.

En efecto, señor, en la noche los perros estaban con la barriga así tan alta (señalando una altura de un metro).

Ahora, manos a la obra. Vamos a dar esta batalla de la astucia contra la fuerza i los obstáculos.

Hice el ponche i convidé a los dos centinelas interiores. Sabe Ud. que a los soldados que no se les angosta el *guar-guero* para tragar de balde, chuparon que daba gusto i al poco rato el ópio les hizo dormir una siesta, acompañada de sonoros ronquidos.

Después principiaron a embriagarse los demás presos

hasta que solo quedó uno—fuera de los cuatro que estábamos comprometidos en el complot—que permanecía firme i éste era el presidente de los presos, un minero capaz de beberse una tonelada sin que se le debilitase la cabeza.

Me quedaba en la botella un resto de opio; acomodé el *cacho* i le eché todo el resto. A poco rato el minero no podia moverse sino arrastrándose. Luego se quedó dormido.

Entonces pusimos la angarilla, yo me subí sobre ella i los tres comprometidos subieron primero sobre la angarilla i despues sobre mi, que era un suplemento de la angarilla. Cuando ellos se despacharon, yo valiéndome de mis puños, sirviéndome de las uñas, como los gatos, llegué a la bóveda.

Gracias a Dios, ya estamos respirando el aire libre. Son las doce de la noche.

Dentro de la cárcel el silencio solo era interrumpido por el ronquido de los alcoholizados.

Los otros tres prófugos no quisieron separarse de mí; yo tampoco quise abandonarlos, aun cuando sabia que yendo muchos juntos, por regla jeneral, son siempre capturados.

Pasamos el rio Coquimbo i nos fuimos al cerro del *Brillador*; en un filete donde nadie podia pasar—una especie de desfiladero de las Termópilas—hicimos una cueva. Un árbol tapaba la entrada.

Todo el dia permanecimos allí i casi nos asamos de calor. No teniamos ni agua ni nada. Apenas llegó la noche nos pusimos en camino para el Huasco por la quebrada de *Santa gracia*. Cuando asomó la aurora por los balcones del oriente, como decia Cervantes (¿Falcato habrá leído el Quijote?) nos retiramos a la cumbre de un cerro para observar si nos perseguian. Allí permanecimos todo el dia.

En la noche continuamos nuestra marcha; pero al día siguiente no pudimos permanecer en el cerro porque la sed i el hambre nos devoraba.

Miéntras mas agua tomábamos, mas sed teníamos.

Bajamos al camino: tres ibamos delante i el cuarto atras arrastrando un manojó de yerbas para borrar las huellas de las pisadas. I me acordaba que de esta estratajema se valian los mejicanos en la guerra con los españoles para borrar las pisadas.

De repente divisamos en la cumbre de un cerro a un minero que nos miraba azorado.

—Este nos va a vender, dije a mis compañeros.

I tomamos otro camino por la quebrada de San Antonio; anduvimos como dos leguas dejando rastros, dimos una vuelta completa, borrando las huellas, i continuamos otra vez el camino.

Por fin llegamos a una venta donde compramos un chivato i sal. Pan no lo habia.

Nos fuimos a una hondonada, hicimos una fogata, matamos el chivato, *lo soplamos* i le sacamos el cuero por atras, *enterito*, a fin de que nos sirviese de costal para llevar agua.

Yo tenia los pies tan hinchados que casi no podir moverme; solo me movia mi gran fuerza de voluntad.

Ya queriamos ponernos en marcha, señor, cuando vino un temblor tan grande, Dios mio, qué se llegaban a juntar los cerros. *Adios diantres*, dijimos nosotros; se acabó el mundo, i principiamos a pedir misericordia.

Ni el *temblor grande* me ha parecido tan terrible como aquel! De resultas de este temblor se razgó la bóveda de la cárcel de Coquimbo.

Cuando pasó, dije a uno de los niños:

—Asómate, a ver si viene jente para que nos vamos.

A poco llega el niño, señor, todo asustado i me dice:

—Así viene la jente (i me enseñaba todas las yemas de los dedos bien *juntitas*.)

Uno de los *niños* corrió a ocultarse en un bosquecito inmediato.

—«No me desamparen a mi, le dije, que yo he de *voltear* a alguno; la union nos hará fuerte.» I como no teniamos mas que un corta-plumas, tomé varias piedras.

Cuando alcé la vista, vi todos los cerros coronados de jente.

I en el mismo momento yo recibí un tiro en el bajo vientre con postones que nunca me los han podido sacar i recibí tambien otro en una pierna, a bala. Quise levantarme i caí, intenté lo mismo varias veces i volví a caer. Los soldados llegaron i me amarraron.

—Pero falta uno, dijo el jefe.

—Somos solo tres dije yo, con la esperanza de salvar al niño que se habia internado en el bosquecillo.

Pero el jefe no me creyó i mandó incendiar el bosque. Se levantó una fogata tan grande que casi nos asamos de calor. Al fin, como un gamo acosado por los perros i por los cazadores, salió de entre las llamas mi compañero, todo chamuscado i vino a refugiarse a mi lado porque los soldados se preparaban a dispararle.

Nos llevaron, pues, a los cuatro.

Esa noche dormimos en *Agua Grande*. A pesar de mis heridas dije a los otros que de donde estaban huyeran, que yo me encargaba de ir arrastrándome hasta el centinela i dar cuenta de él; pero los *niños* no se animaron.

Al dia siguiente llegamos a la cárcel de Coquimbo donde todavia quedaba olor al aguardiente con que yo habia celebrado mi santo.

Un médico español, uno de cuyos hijos es médico actualmente en Santiago, me sacó la bala.

No se *animaron* a tenerme en la cárcel i al dia siguiente me embarcaron en la goleta *Adelaida* con destino a Valparaiso.

El capitán de la goleta, que se llamaba Cristófolo Guzmán, me tomó mucho cariño. Vivo de ello mui agradecido.

—Si esta goleta fuera mia, me decia, nos íbamos *al tiro* para Jénova i no lo entregabamos a Ud, nunca.

Todos los marineros me dieron plata.

Echamos 9 dias de Coquimbo a Valparaiso porque nos tocó un temporal mui grande.

De Valparaiso me trajeron a la Penitenciaría echado sobre un caballo, con dos barras de grillos i dos guardias. Llegué a Santiago medio muerto.

Entónces fué cuando me tuvieron por 5 años con una enorme maza al pié.

Villanueva, el que me vendió en Coquimbo, me mandó pedir perdon cuando yó concluí, mis cinco años. Yo le contesté que si hubiera querido vengarme no me habria faltado quien de ello se hubiera encargado *porque yo tengo amigos en todas partes*, pero que le ordenaba no se pudiese jamas en sitio donde pudiera encontrarse conmigo.

En efecto Villanueva no se movió jamas de Valparaiso donde murió poco tiempo despues, i he tenido el consuelo de que todo el mundo lo despreciaba por traidor.

—¿I dónde nació Ud., Falcato?

—Nací en Santiago, calle de la Merced, junto a la casa de don Ramon Frère.

Para concluir: por hoi, trascibimos las siguientes verificaciones que hemos encontrado en el *Album* de Falcato.

Por la calle de Amargura
Iba María llorando,
Por ver a su hijo marchando
Con aquella cruz tan dura;
Derrama su sangre pura
Sin aliviar un instante,
Va como un agonizante

Marchando mal de su grado:
Ai! i entre tanto malvado
No hai quien al caido levante.

Con el pesado madero
Tres veces se desmayó
Hasta que al cabo llegó
Con su santo rostro al suelo
Magdalena sin consuelo
Lloraba por ser quien es
I el patriarca San José
Viéndolo que se desmaya,
Dice:—;Es posible que no haya
Ni quien la mano te dé?

Fatigado con el peso
Caminaba hasta el Calvario;
Lo tratan de visionario
I lo miran con desprecio
Esos judios perversos
Que lo llevan tan herido;
Dos hombres compadecidos
Van, lo levantan del suelo
I aun cargan con su madero
Cuando lo ven que ha caído.

Cuando al suplicio llegó,
El inocente cordero
Dió una mirada hácia el cielo
I su alma le encomendó,
Diciendo con tierna voz:
—;Por vosotros moriré!
Este prodijio se ve
En un Dios tan amoroso,
I en aquel trance penoso
Todos le dan con el pié.

IV.

«EL FERROCARRIL» DEL 15 DE FEBRERO.

Como nuestro objeto al visitar la Penitenciaría no ha sido el conversar únicamente con Falcato, dejémosle descansar en su hospital, leyendo en *El Ferrocarril* la relación de algunos de sus hechos i meditando sobre su vida entera para satisfacer la curiosidad de su biógrafo dentro de quince meses.

Ocupémosno de Eduardo Moreno, el que en la noche del viernes 8 de octubre de 1874 asesinó a su patron Luis Oswald, en el café de la plazuela del teatro, en Santiago.

Hé aquí un preso a quien es preciso agujijonear impertinentemente para llegar a conocer el estado de su espíritu i antecedentes sobre su vida.

Eduardo Moreno con sus 28 años de edad marcha encorvado bajo el peso de esa abrumadora carga que se llama *reclusion perpetua*.

Moreno no tiene ni la fuerza de voluntad, ni la robustez de músculos, ni la conciencia de su propio valer que caracterizan a Falcato; es todo lo contrario: Falcato es el adverso i Moreno el reverso, Falcato es el escepticismo; Moreno es la fatalidad.

Se les creeria antípodas sino se supiera que ambos han nacido i crecido en Chile.

Al ver a Eduardo Moreno, cualquiera diria: «Este hombre no es capaz de matar una pulga. Es la personificación de la *Mosca muerta*.»

Interroguémole, porque no es capaz de decir una palabra espontáneamente:

—¿Cuál es el deseo mas vehemente de su alma?

—De toda suerte quiero mi libertad; quisiera que me impusieran el castigo mas atroz con tal de tener despues alguna esperanza.

—Nadie en la tierra debe perder la esperanza, palabra sublime que Dios ha escrito en la frente de todos los mortales.

--¡Ah! yo estaré aqui hasta que me muera...

--¿Tiene Ud. parientes? vienen a verlo?

—Tengo solamente dos hermanas casadas, una está en la costa i la otra por el Peral. Han llorado mucho por causa de mi desgracia. Vienen a verme mui de tarde en tarde.

—¿Qué indujo a Ud. a cometer su delito?

—La embriaguez, señor; al otro día me pesó mucho; podria haberme fugado pero me dije: «Que se haga la voluntad de Dios.»

—¿En qué piensa Ud, de noche?

—Pensamientos diversos me desvelan. Me acuerdo de Juan, un niño de 7 años a quien yo mantenía; i que actualmente está en poder de mi tío.

—¿I no se acuerda de su victima?

—Sí; pero desecho ese pensamiento porque me dá mucha pena i no puedo dormir, Todas las noche le rezo para encomendarlo a Dios i a las ánimas.

Moreno lanzó en seguida un hondo suspiro i dijo: «Que me iria a dar a mí?

—¿I qué le reza Ud?

—Le rezo todo el rosario i otras oraciones porque sé todo el rezo.

--¿Tiene Ud. algunos libros para leer?

--Tengo la obra que nos regaló el señor canónigo Ta-

foró, una novena de mi Padre San José que me mandó el padrecito cuando estuve en capilla, i una novena de mi Señora del Cármen.

Se recordará que a Moreno se le conmutó la muerte en reclusion perpétua por influjos de todas las clases de la sociedad santiaguina.

El poeta popular Bernardino Guajardo compuso sobre este asunto cinco estrofas glozadas, una de las cuales decia:

Don David Montt fué primero

El que se hubo de empeñar,

Para la vida librar

Al infeliz prisionero;

La madre del caballero

Muerto fué compadecida,

Perdonando al homicida,

Lo mismo el cónsul frances;

Despues de Dios a estos tres,

Eduardo, debeis la vida.

—¿Qué impresion causó en Ud. la noticia que le trajo la juventud de la capital de habersele conmutado la pena?

Se me hizo un nudo en la garganta, queria darles mis

—Se me hizo un nudo en la garganta, queria darles mis agradecimientos pero no pude hablar. Nunca olvidaré esos momentos.

¿Cómo pasó Ud. los cuatro meses de cerda solitaria?

—Llorando sin descanso hasta el extremo de entrarme fiebre.

—Se preocupa Ud. de la otra vida?

—Si, señor; me he confesado cada quince dias; ahora hace dos meses que no lo hago, me gustan mucho las oraciones que hai en las novenas para el levantarse i acostarse.

—¿Ud. habia tenido antes pependencias? Tenia el vicio de la bebida?

—Antes no habia peleado ni con la mano. *Tomaba* a veces pero solamente chicha o chacolí.

Toda mi desgracia el 8 de octubre provino de haber tomado cognac i vino que estábamos embotellando. Despues fui a tomar una chicha que tenian embotellada quien sabe cuanto tiempo. Apénas la probé se me dió vuelta la cabeza i no supe lo que pasó por mí.

—Eduardo moreno nos dijo, por último, que cuando muchacho habia estado tres años de sirviente de mano en casa de la señora doña Cármen Cruz, i un año en casa del señor José Joaquin Larrain; que despues le dió la viruela i estuvo en el lazareto de la Maestranza; que, una vez sano, sirvió cinco años en casa del señor Jerónimo Várgas, en Yungay i cuando su padre lo *sacó* para llevarlo a trabajar en las chacras, el señor Vargas quiso llevárselo a Copiapó, porque le habia tomado mucho cariño.

—Todos los domingos, cuando oigo misa, dijo, es imposible que deje de acordarme de los caballeros que intercedieron para que no me fusilaran, así como de mi patron Luis, i ofrezco la misa por la prosperidad de los unos i por el descanso del alma del otro.

—En los dias en que me tocó *la mala* estaba haciendo las delijencias para casarme con una jóven tan hermosa como buena. ¡Pobre Isabel! Ha venido a verme con mis hermanas, pero al llegar a la puerta de esta casa se ha deshecho en llanto i no ha tenido valor para traspasar el umbral.....

Moreno inclinó la cabeza sobre el pecho i no pudo seguir hablando porque la emocion embargó su voz.

Dejémosle en su taller, junto a la fragua, con el pesado martillo sobre el yunque i la pesada carga del crimen sobre su conciencia; con el rostro ennegrecido por el carbon i el espíritu ofuscado por las tinieblas.

Al decir esto el instigable batallador con aquellas
 barcos lejanías de la Araucanía, se enjugaba las lá-
 grimas con el reverso de la mano.
 No eran aquellas las lágrimas del cocodrilo; eran las
 del león que hace resonar i estremecer las selvas con
 sus bramidos cuando le ditan sus cachorros.
 Aquellas lágrimas no venían de sus ojos, venían de sus

IX.

«EL FERROCARRIL» DEL 25 DE FEBRERO.

En nuestras escursiones a la Penitenciaría, toca hoy su
 turno a las aventuras del bravo *maloqueador* Marcos Sal-
 dias.

Maloqueador llaman en la frontera de Arauco al que
 se ocupa de seguir las huellas de los indios con el objeto de
 darles un asalto para quitarles los animales que han roba-
 do.

Las aventuras de Saldias son muchas; solo daremos
 cuenta de unas pocas porque tiempo i espacio nos faltan.

Saldias lleva en la Penitenciaría el número 236. Es un
 hombre de 38 años, de estatura jigantesca, blanco, pelo
 rubio, ojos negros i vivarachos que dan a su fisonomía un
 aspecto simpático. Residia en Mulchen con su esposa i
 cuatro hijos. El mayor de estos tiene actualmente quince
 años.

Hace pocos dias la mujer ha escrito a Saldias disiéndole
 que ya que ella no puede venir a verlo por falta de
 recursos, hará lo posible porque venga el hijo mayor.

Saldias contestó: «Sabe que siempre he querido tanto
 a mis hijos i a ti; cada uno de Uds. es un pedazo de mi
 corazon; pero no quiero que venga mi hijo ni nadie a ver-
 me. Si mi hijo viniera, como podrian arrancarmelo de mi
 lado sin arrancarme el corazon? No; mejor es evitar este
 dolor que no me encuentre con fuerzas para resistir»

— Señor nos dijo, solo de acordarse de estos casos se le
 pone el corazon a uno quien sabe como.

I al decir esto el infatigable batallador con aquellos héroes legendarios de la Araucanía, se enjugaba las lágrimas con el revez de la mano.

No eran aquellas las lágrimas del cocodrilo; eran las del Leon que hace resonar i estremecer las selvas con sus bramidos cuando le quitan sus cachorros.

Aquellas lágrimas no venian de las ojos, venian de mas allá,

Venian del alma,
Repuesto ya de su emocion, dejémosle hablar:

El año de 1859 los indios araucanos estaban sublevados contra el gobierno por instigaciones de los que hacian la revolucion al poder constituido de la república.

Yo pertenecía al escuadron del comandante señor Fidel Vargas. Mandaba la division el señor Domingo Salvo.

Después de haber peleado mucho vimos atravesar el Biobio a un gran peloton de jente que no sabiamos si eran amigos o contrarios. Me ofreci para ir a hacer un reconocimiento. Cuando estaba a tiro de fusil del peloton, me principiaron a tostar balas. Me eché al rio, pero el caballo se cansó luego de nadar i la corriente me llevó hacia el campamento enemigo. Quedé prisionero entre los indios.

Al poco tiempo me salvó una india hija del cacique.— Huinca, me dijo, es preciso que huyamos porque mi padre te va a matar. Calbucoi dice que eres espía, i no te perdonará. Eres grande, eres valiente, eres joven. Mi corazon ha latido al verte. Yo te salvaré. Llévame a la tierra de los españoles, i jura por el Dios de los aucas que nunca me abandonarás. Seré tu esclava hasta que la nieve de los años cubra mi cabeza. Entónces cuando ya no te pueda servir me moriré.

Acepté con gusto, prometí todo lo que la india quiso, i en la noche abrió la puerta de mi prision. Me desató i huimos en dos fogosos caballos negros como la noche, aunque no tanto como los ojos de fuego de mi salvadora.

Atravesamos el Biobio i nos fuimos a refujiar en la aldea de Pile.

Desques de muchas peripecias volví a enrolarme en una division que llevó el señor Salvo contra los señores Pradel i Videla a las orillas del Renaico, a principios de 1860.

Derrotamos al enemigo i me hicieron alferez en el campo de batalla. Quitamos todos los prisioneros i muchos animales.

Al regresar, se ordenó que las carretas donde iban las familias salvadas fuesen adelante.

Habrian adelantado como doce cuabras del ejército, cuando de improviso sale Calbucoi de una espesura con treinta indios a caballo. Mataron a los carreteros i se disponian a llevarse a las jóvenes mas hermosas a la grupa, pero interrumpieron de repente esta operacion. Calbucoi dió contra órden. ¿Por qué? Va Ud. a saberlo.

El comandante Salvo ordenó que 80 hombres de caballería corriesen a defender las carretas i a capturar a los indios. Yo iba al frente de ese piquete. Calbucoi me conoció desde léjos. Dió un grito feróz i con sus 30 salvajes lanza en mano, la cabeza pegada al pescuezo del caballo, se lanzó hácia nosotros en medio de un chivateo espantoso. Recuerdo perfectamente el caballo que montaba Calbucoi: era castaño, sus narices mui abiertas parecian arrojar fuego i sus largas crines esparcidas al viento semejaban a las olas de la tempestad. Volaba mas bien que corria i volaba como una exhalacion.

El indio se vino hácia mi recto como una flecha. La punta de su lanza venia dirijida al corazon.

Desde dos cuabras de distancia, nosotros les diparamos una lluvia de balas. Inútil. Los indios no volvian cara. Aquellos hombres no concen el miedo, son como fieras. Si hai algo que pueda inspirar miedo, espantar, es la vista de aquellos indios desnudos, lanza en mano, dejando tras de sí un torbellino de polvo i un vocerio infernal.

Calbucoi al llegar cerca de mi, gritó con voz atronadora:

—Vas a morir ladron de mi hija.

Encabrité el caballo i el golpe de su lanza fué a dar en el arzon de la silla. Tan récio fué el empuje que mi caballo calló a tierra. Yo no sé como caí que nada me hice. La confusion fué espantosa. Los indios arrollaron el piquete i no pudiendo detener la velocidad de sus caballos siguieron corriendo todavia como una cuadra. La caida, la nube de polvo que nos envolvía, el chivateo de los indios, me pusieron en tal estado, que no me acordé de disparar mi escopeta de dos cañones.

Volvieron los indios i se fueron otra vez a la carga. Calbucoi me buscaba por todas partes. Sus ojos parecian de fuego i su boca estaba cubierta de espuma. Al fin me vió i su lanza cayó sobre mi pecho en direccion del corazon, haciéndome morder el polvo. Su caballo pasó sobre mi cuerpo sin tocarme. Me creyó muerto i como ya venian fuerzas en nuestro auxilio, gritó retirada perdiéndose luego en el bosque.

Ninguno de los indios quedó en el campo.

El areólito aparece en el firmamento de entre innumerables estrellas, salva el espacio como el relámpago i se pierde otra vez entre los cuerpos celestes.

Calbucoi i los suyos salieron de entre los tupidos i gigantescos árboles del bosque, arrollaron a la venida ochenta hombres, los arrollaron otra vez a la vuelta i desaparecieron entre el follaje de aquellos árboles seculares.

Como he dicho ántes, Calbucoi me creyó muerto; felizmente la punta de su lanza se habia doblado al dar el primer golpe sobre el arzon, así es que en el segundo se embotó en mi ropa, sin siquiera razgarla. Pero el golpe fué tan récio que hasta ahora tengo aquí en el pecho, por dentro del cuero un tumor, como apostema, que siempre me hace sufrir un poco!

Despues de esto, Saldías nos refirió un combate con tres-

cientos indios entre Pile i Bureo; i muchos otros perances, ya felices, ya adversos.

Respecto a la hija de Calbucoi, parece que Saldías le pagó con aquella moneda que, segun dicen los cronistas, abundaba ántes mucho i que ahora poco se la oye nombrar:—con «El pago de Chile.»

En una entrada que hizo Saldías al interior de la Araucanía acompañado de cuarenta hombres, fueron sorprendidos por una indiada mandada por el cacique Marillanca. Tuvieron que batirse en retirada. Saldías perdió el caballo i se ocultó en un bosque. El hambre lo obligó a salir i se presentó al cacique como un comerciante a quien los demas indios habian robado.

Varios indios lo conocieron i lo acusaron. Marillanca lo hizo amarrar.

En el acto todos los indios principiaron a recojer *chamiza* i la fueron echando al rededor del cuerpo de Saldías.

—Vamos a comernos asadito este zorrito, gritaban.

La pira se iba levantando al rededor de Saldías maniatado, i a medida que la pira subia i subia, la esperanza, se borraba i desvanecía de la frente del «maloqueador»

El horizonte fué desapareciendo poco a poco de su vista. Llegó un momento en que solo veia el cielo.

Oia a su alrededor los alaridos de la embriaguez i el zapateo de los bailes i veia en el espacio azul a los buitres dando vueltas en torno de la pira: ya aquellos animales saboreaban desde lejos su presa.

—No os cebareis sobre mi cuerpo, animales sedientos de sangre, decia Saldías. Mis despojos, es decir, mis cenizas, corresponden de derecho al viento.

Los *chunchos*, esos mensajeros de la muerte, segun la creencia popular, lanzaban desde las copas de los árboles su ahullido lastimero.

Entretanto, la pira se iba estrechando a medida que se elevaba. Estrecharse la pira sobre su cabeza era para él estrecharse el cielo, era perder de vista aquella estre-

lla solitaria que brillaba en pleno día i adonde se habia ido a refujiar la esperanza desprendida de su frente poco há.

Si la abertura se cerraba, ya no llegaria hasta él la luz, esa especie de telégrafo eléctrico entre Dios i los mortales. ¡La luz, mensajera divina, mandada diariamente a todos los hombres para infundir la alegría!

— ¡Por fin, la pira se cerró. ¡Siniestra desaparicion del hombre! Helo ahí sepultado en vida.

El viento principia a soplar con fuerza i penetra estrépitozamente por entre las rendijas de la pira: hé ahí otro visitante importuno que viene ántes de tiempo a reclamar las cenizas.

Ya las teas chisporrotean en maros de los salvajes. Ya los artilleros de la barbarie tienen en su mano la mecha que ha de esparcir al viento los huesos de la víctima.

¡bien! buitres, *chunchos*, salvajes, fuego i viento todos quedareis burlados!...

Llega un español, es decir un chileno llamado Agurto. Este es mui querido de Marillanca. El padre de Agurto habia sido secretario de Mañil.

Agurto oye las plegarias de Saldías que encomendaba en ese momento su alma a Dios. Reconoce su voz i trata de salvarlo.

—Ese es, dice a Marillanca, un sobrino del comandante Salvo; si Ud. lo quema, Salvó se nos dejará caer encima i descargará sobre nosotros todo el peso de su cólera. Además ese jóven no ha tomado nunca parte en la guerra, es un comerciante.

Saldías que oye esto grita:

—Si, i la prueba de que no he estado en la guerra es que vengo ahora de donde el cacique Coñeleu; pueden reconocer la marca del caballo que he traído.

Se examinó el caballo, i en efecto, la marca era de Coñeleu.

Saldías fué desatado i puesto en libertad.

Resurreccion.

Saldias estuvo en la gran junta de 7900 indios, celebrada en 1870 por orden de los cuatro jenerales de su Majestad Orelie Antonio I, a quien Dios guarde. En esta junta presidida por Quilapan, Quilahueque, Montre i Lemunao se dió esta órden jeneral:

—Cuidad mucho los caballos, i aflagad mucho los cuchillos porque el gran dia de Arauco se acerca!

Volveremos despues sobre los detalles de estos sucesos i otros de la vida de Saldias. Por hoí nos precisa cumplir un encargo de Falcato.

Helo aquí:

Yo solo soi sabedor de una fortuna de ocho mil pesos. Para darla a conocer necesito a un jóven llamado Alcibiades Rojas, hijo de don José María Rojas, de Coltauco.

Este caballero murió intestado i no pudo revelar lo de los ocho mil pesos.

Estos ocho mil pesos son una fortuna de la cual no me puedo apoderar ni yo ni el señor Alcibiades Rojas; pero podemos tenerla en el acto en que nos pongamos ambos de acuerdo.

He buscado i mandado buscar por mucho tiempo i varios lugares a este caballero pero sin ningun resultado. Puede ser que publicando la noticia en *El Ferrocarril*, llegue a oídos del señor Rojas.

Para que este caballero no crea que quiero engañarlo puede usted decir que no hai necesidad ni de que venga a la Penitenciaría ni de que venga a Santiago. Puede entenderse con usted de palabra o por escrito, i yo, a mi vez, me entenderé también con usted.

Yo lo único que quiero es hacer un arreglo en toda forma, arreglo judicial en que intervenga un buen abogado, i una vez hecho ese arreglo, revelaré lo de los ocho mil pesos.

Suplique a sus colegas que trascriban esta noticia en sus diarios respectivos.

Digales que cuando salga Falcato, les dará un banquete a todos los cronistas.

Falcato cesó por un momento de mascar su tabaco i nos dirijió la siguiente pregunta:

—¿Quién es el cronista del *Independiente*?

—Un caballero Egaña.

—Ah! debe ser hijo de don Juan María Egaña.

—Sí.

—Conoci mucho a aquel caballero. Era mui buen nadador, a pesar de ser tan robusto i grande. Sabia poetizar mui bonito e improvisado. Pocos hombres he visto en mi vida tan buenos como don Juan María Egaña.

—Bueno, por hoi nos despediremos, amigo Falcato; tengo mucho que hacer. Quede usted con Dios:

—Vaya usted con él.

Se le llevó ante el superintendente, señor Urizar, quien lo reprendió severamente. José contestó:

—¿Qué chilenos comen? ¿Hasta aquí ahora mismo uno de tus chilenos para cocinar a botijas con él. José se paseaba un día por una de las calles de la I.

X.

«EL FERROCARRIL» DEL 26 DE FEBRERO.

Ayer, a las siete de la mañana, ha fallecido en la Penitenciaría el preso Pedro Antonio José, natural de Manila. Era conocido jeneralmente con el nombre de *canaca*.

José fué el preso que mas dió que hacer en la Penitenciaría. Era una especie de fiera indomable, sin que fueran parte a domesticarla ni los castigos mas severos, ni los diez años de reclusion, ni las enfermedades.

Casi diariamente hacia alguna de las suyas.

José fué condenado a diez años en la Penitenciaría por haber muerto al cocinero, a bordo de un buque mercante.

José contaba así este suceso:

«Yo marinero del buque, un día la comida mucho malo, tuto era *suya* (agua), y o baja *faiti* (lijero), donde cocinero i dice: «tú mucho *lariron* (ladron).»

Cocinero pega a mi *liongo* (dos) palos.

Yo agarra grande cuchillo, pasa por *mondongo* (barri-ga), saca tripas i el dice Ah! Ah!»

Un día, sin haber ningun motivo de por medio, José tomó a un preso Gamboa, i lo arrojó a un pozo de cal.

—Anda, negro, pa Canton le dijo.

Es de advertir que, por regla jeneral los *coolies* aborrecen a los negros.

Otra vez estaba jugando con otros presos, i como le ganaron seis reales, se fué sobre el ganancioso i casi lo mató.

Se le llevó ante el superintendente, señor Urizar Gárfias, quien lo reprendió severamente.

José contestó:

—¡Qué! chilenos cobardes, llama aquí ahora mismo a uno de tus chilenos para *cerrarme* a bofetadas con él.

José se paseaba un día por una de las calles de la Penitenciaria. Sus ojos sanguinolentos anunciaban que había amanecido *de malas*. «Amanecer de malas» es lo mismo que el *spleen* de los ingleses. Un preso, llamado José Soto, estaba en cuclillas soplando el fuego para hacer hervir una tetera con agua. De improviso se dejó caer sobre Soto sin decir «agua va» i le dió tantas trompadas i mordiscos, que casi lo acaba. Por fortuna acudió el guardian señor Contreras. A este guardian era el único a quien José tenía un poco de miedo i vamos a decir por qué.

Un preso acometió con el guardian Contreras i lo puso en tan grande aprieto, que éste sacó la espada i de un hachazo corto al rebelde una mano.

José desde entónces le tenía miedo, «porque, decía, ese *paton* (patron) Contreras, mucho guapo, saca mano al tiro.»

Quando el guardian acudió a socorrer a Soto, el canaca se refugió en una celda i atrancó bien la puerta.

Allí estuvo dos días i dos noches sin comer ni beber. Despues de esto hizo llamar a Contreras i le dijo:

—Patron ¿de dónde saca tú ese castigo tan bravo que yo ahora mansito? yo mucho hambre, saca, saca dame *chauchau* (comida).

Se le ponian grillos i esposas i los rompía, i sin embargo, la estatura de José no era sino regular. Su fuerza provenía de su ferocidad sin ejemplo.

Un día rompió el catre en su celda, i con una barra de fierro en la mano amenazó a todo el mundo. Nadie se atrevía a acercársele. Cuatro soldados le hicieron los *puntos* para intimidarlo; pero José permaneció impassible.

José tenía en su celda pan i agua: no se le podía, pues, sitiarse por hambre.

Los guardianes resolvieron darle un «humazo de ají.» Quemaron pues, bastante ají a la puerta de la celda para que José saliera. Nada.

Por último, el comandante Quiroga, echó mano de aquel expediente que produjo tan buenos resultados en la batalla de Maypú al batallón Coquimbo:—el lazo.

Por entre los barrotes superiores de la celda introdujo un lazo i lo echó al cuello de José. Éxito completo.

José exclamaba una vez que se le quitó la soga:

—¡Qué chilenos tan diablos, como inventa tanta cosa!

Entonces hubo necesidad de tomar con él la precaución que se tomó en 1757 en la Conserjería contra el rejicida Damiens. Damiens no fué propiamente un rejicida, puesto que su corta-pluma al punsarse el costado de Luis XV, solo tenía por objeto advertir a éste que si no variaba de conducta, ese corta-pluma sería el precursor del puñal que habían empuñado antes Juan Chatél, Jacobo Clemente i Ravallac, i puesto que Luis XV sanó completamente al tercer día.

Damiens, que heredó el calabozo de Ravallac, fué tendido en una cama. Al rededor de ella, i en el cuello, brazos i piernas del reo se puso gruesas argollas de fierro; despues todas las argollas del cuerpo fueron unidas por correas a las argollas que había en el suelo, de tal modo que Damiens no podía hacer el menor movimiento.

Esto, aun que algo impropriadamente, se llama en castellano *aspar* i *estacar*.

Estas precauciones se tomaron a fin de que Damiens no se sustrajese por medio del suicidio a los crueles tormentos que contra él se meditaban i que en efecto se ejecutaron.

Para que Pedro Antonio José no hiciera daño i se domesticase, el señor Urizar Gárfias lo condenó a permanecer *estacado* dos meses.

Solamente para las horas de comida se le desataban las correas que lo sujetaban de la cintura para arriba.

Cumplió su castigo i a los pocos dias, tomó un grueso palo del jardin, esperó a un cuyano Juan Rivera Flores que era cojo i le sacudió tantos garrotazos en la pierna buena, que se la quebró.

Despues decia:

—Yo mejor médico que *dotó* Aguirre. *Dotó* Aguirre no puede saná a ese la pata coja; yo pone coja la otra pata i ahora anda bueno porque anda parejito. Ya no tiene una pierna mas larga que otra. Mucho güeno yo, sabe mucho.

—Estando mui tranquilos todos en misa, José se fué un dia sobre un norte-americano de color llamado «Rancatan», lo levantó en el aire i le dió tan feroz golpe contra el suelo, que casi lo mata.

Los asiáticos cuando están en tierra estraña, creen que muriéndose van a parar a su patria.

Por eso se ven frecuentes casos en las haciendas de caña del Perú, de chinos que se ahorcan. Los hacendados se han visto, por ésto en la necesidad de quemar algunas veces, los cadáveres de los ahorcados, en presencia de los demas *coolies* para convencerlos de que los restos se convierten en cenizas i de que éstas se las lleva el viento.

Sin embargo, los asiáticos que han cometido crímenes, tienen horror a la muerte. Hé ahí porqué José no solo no queria morir sino que decia que era inmortal.

Hace cuatro meses estaba en cama mui enfermo. Una mañana se levantó, se fué al jardin que está anexo al hospital, tomó cuanta yerba encontró, las puso en una olla, les echó agua caliente i se tomó esta agua. —Al dia siguiente fué a trabajar al taller de zapateria, «bueno i sano», como se dice jeneralmente.

Solo despues de algun tiempo volvió a caer en cama i si ya no volvió a hacer su remedio de *charquican de yerbas*, fué porque no se podia mover.

En un artículo anterior sobre la Penitenciaría, hemos hablado de José, a quien encontramos con dos vejigatorios a la espalda.

Ayer José se levantó, se paseó por la sala, dijo *yo soi gallo i muero parado*, i... murió.

Aun despues de muerto su fisonomía horrorizaba.

José habia cumplido su condena de diez años i estaba cumpliendo otra de dos años que se le impuso por sus numerosas i frecuentes fechorías en el interior de la Penitenciaría.

Su cadáver fué llevado al hospital de San Juan de Dios anoche a las nueve i hoi en la mañana sacado de allí para enterrarlo.

En un artículo anterior sobre la Penitenciaría, hemos hablado de José, a quien encontramos con dos veintidos años a la espalda. Ayer José se levantó, se pasó por la sala, dijo yo soy guiso i un buen par de... murió. Aun despues de muerto su fisonomía horrorizada.

José había cumplido su condena de diez años i estaba cumpliendo otra de dos años que se le impuso por sus...

«EL FERROCARRIL» DEL 1.º DE MARZO.

La impresion mas dolorosa que hemos recibido en nuestras conversaciones con los presos de la Penitenciaría, ha sido causada por la relacion que de sus desgracias nos hizo el ex-subteniente del ejército Jacinto T. Sanchez Ramirez.

Damos a luz su nombre puesto que él mismo lo quiere.

Sanchez tiene 26 años, está cumpliendo una condena de ocho i no desea otra cosa en su celda triste i solitaria que su rehabilitacion ante la sociedad.

Nada importan para él los años de prision, ni las privaciones de todo jénero; lo que le importa es que el mundo sepa la verdad sobre la causa que lo ha puesto en el estado en que se vé.

Quisiera que la sociedad le dijera «eres inocente» para terminar su vida. Lo que lo liga a la tierra es el honor que ha perdido. Una vez recobrado éste nada le importa morir.

«Es un jóven i la vida
Llena de sueños de oro;
Pasó ya cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó.»

—«La fatalidad se ha puesto en tu camino i te hace aparecer culpable; pero la sociedad te cree inocente,» eso i solo eso desea Sanchez para hacer

Que resuene en las postreras edades
El grito postrimero de su vida.»

Todos los que se acercan a este jóven no pueden ménos que recordar al que en «La caída de las hojas» de Millevoí.

«Adios adorado bosque

Voi a morir, le decia,

I mi fin desventurado

Tus ojas ¡ai! vacticinan.

La enfermedad que a mi seno

Está devorando impía,

Pálido cual flor de otoño

Hácia al sepulcro me inclina.»

Sanchez inspira tanta compasion cuando con sus grandes ojos llenos de lágrimas relata sus desventuras, que nadie, ni el preso mas depravado de los de la Penitenciaría, deja de interesarse por él.

Por eso el superintendente, en vez de hacerlo trabájar en los talleres como a los demas presos, ha permitido a Sanchez que permanezca en la biblioteca.

Allí ora escribe su historia siempre llorando, ora lee con detencion.

«¿De qué le sirve al cautivo

Tener los grillos de plata,

Las cadenas de oro i perlas

Si la libertad le falta?»

—Una de las cosas que mas me ha consolado, nos dijo, ha sido este trozo del tomo 1.^o página 242 de la *Miscelánea* del señor Zorobabel Rodriguez:

«Esta es una verdad que la razon demuestra i que la esperiencia confirma. La razon demuestra que sin la esperanza es el mundo un infierno, que sin amor la vida es amargura. La esperiencia atestigua que millones de séres desolados han encontrado en la fè, en la esperanza i en la caridad, la paz i el contentamiento del espíritu.»

«¡Fé, esperanza i caridad!—hé ahí, poetas del llanto, el bálsamo de nuestras heridas, el antidoto del veneno que corroe vuestro corazon, la infalible receta que os de-

volvera la salud del alma, que habeis perdido al contacto de la pestilente atmósfera de la duda, del egoismo i del desaliento. Creed, amad, esperad, i vereis como vuestras almas que hoi se doblan marchitas bajo el peso del tedio, se abrirán lozanas i dichosas a la luz, a las brizas i al rocío del cielo, i, como las flores i las aves, devolvereis a Dios sus ricos dones, en suaves perfumes i en melodiosos cantos.»

Ahora, entremos a relatar los sucesos desgraciados que condujeron a Sanchez a la Penitenciaria conforme él nos lo ha referido i conforme a la defensa hecha por el procurador de turno en lo criminal, señor Pedro Videla, en primera instancia ante el juzgado de Vallenar.

Siendo Sanchez cadete pensionista de la Escuela Militar, fué nombrado efectivo con el sueldo correspondiente el 5 de enero de 1866, por su buena conducta i aplicacion.

El 13 de marzo de ese año se le confirió el empleo de subteniente de la 6.^a compañía del batallon de infanteria de marina i como tal se halló en el bombardeo de Valparaiso hecho por la escuadra española el 31 de marzo.

El 8 de febrero de 1867 fué nombrado segundo jefe de la guarnicion de Magallanes, en cuyo punto desempeñó comisiones importantes i delicadas; el 21 de abril de 1868 se le confirió el empleo de subteniente de la 3.^a compañía del reorganizado batallon de artilleria de marina, por su capacidad i conducta; el 31 de julio de este año se aprobó su conducta como jefe de la guarnicion de la corbeta de guerra *Esmeralda*; finalmente el 9 de enero de 1869 se le dieron dos certificados de la buena conducta, la cual durante el tiempo trascurrido fué intachable.

A principios de 1874 residia Sanchez en Santiago entregado tranquilamente a sus ocupaciones. Un accidente repentino perturbó su sosiego. Sanchez recibió una lastimosa carta de su hermana materna X. X. de edad de 18 años. Dicha carta venia desde Huasco Alto, con fecha 22 de febrero.

En ella referia esa jóven a grandes pinceladas, la desesperada situacion en que se hallaba por el mal tratamiento que la daba su padre, i por el peligro en que se hallaba de que le infiriera el vejámen mas grande que pueda recibir la honestidad.

Desgarra el alma la lectura de esa carta; para conocerla basta recitar algunos trozos de ella:

«Jacinto, le dice su hermana, desde el fatal dia en que falleció nuestra madre he padecido mucho con mi padre. El pasa borracho, trae a casa toda clase de mujeres..... por último, para colmo de mi desgracia, ha intentado deshonorarme i me ha amenazado con matarme.

«Jacinto, Dios me ha dado valor para resistir a todo i le he contestado que me mate ántes que consentir en tan infame deshonra. ¿Para qué quiero una vida sin honra? mas bien morir con ella.

«Cuando tú vengas, seras la gran cicatriz con que me ha marcado la frente de un palo.

«Hermano, no dejes de venir a hacer algo por tu desgraciada hermana que espera verte aquí tan pronto como reciba la presente.»

Dejemos la palabra a su defensor, advirtiéndole que en vez del nombre del padrastro de Sanchez pondremos N. N.

«Era preciso que Sanchez hubiera sido de mármol para que se desatendiera del angustioso clamor de una hermana querida, que considerándolo como el único ampará que le quedaba en el mundo, imploraba su proteccion.

«Resolvió partir, i salvados algunos inconvenientes, que de pronto impedian su marcha, llegó a Huasco Alto el 26 de mayo.

«Luego por los repetidos actos que presencié el mismo, se convenció de que los sufrimientos de su hermanita eran efectivos.

«Durante algun tiempo pensó en las medidas conciliatorias que se podrian adoptar para salvar a su hermana de los conflictos en que se hallaba sumerjida.

«Al fin creyó que todo se podría arreglar prudentemente con la intervencion del señor gobernador i del señor cura párroco. Este proyecto se lo manifestó al señor cura presbitero don Manuel Garcia, i a su teniente-cura, don Paulino Romani. Para ponerlo en práctica determinó trasladarse de Huasco Alto a la ciudad de Vallenar el 17 del corriente. Con este objeto le pidió un caballo al mismo N. N. delante de don José Urizar i otras personas.

«Antes del 17 no le era posible ejecutar nada porque el espresado señor cura se hallaba de tránsito en Huasco Alto, como es público i notorio, i no regresaria a la ciudad hasta esa fecha.

«En vista de esto, no se puede dudar de la pureza de sus intenciones. Le asistia ya cierta especie de satisfaccion de que por medio de las autoridades se arribaria a su deseado arreglo, i se complacia en su esperanza.

Mas, aquel laudable proyecto fracasó de improviso como fracasar suelen las mas bellas determinaciones.

«En casa de N. N. dormia Sanchez sin contrapesos ni cuidados; como a la diez de la noche del referido dia, un ruido de palos i gritos lo despertó. Ese ruido procedia del mal trato que N. N. daba a su hija, que estaba en la pieza contigua; sentóse Sanchez en su cama i suplicó con buenas maneras al implacable tirano que no le pegase tanto a su hermana.

«Un garrotazo en la frente que le produjo una gran herida por donde brotó un torrente de sangre, fué lo que recibió en contestacion a su humilde súplica.

«Se trabó entónces una lucha entre los dos i ambos cayeron a tierra; en seguida se acostaron; pero acto continuo N. N. invitó a ir a su cama a Sanchez, bajo el pretesto de que la otra estaba ensangrentada.

Apénas consiguió su objeto i teniendo nuevamente a Sanchez, trató de estrangularle. No pudiendo perpetrar su crimen de esa suerte tomó desde la cama una azuela que tenia, para ultimarle con ella. Por fortuna logró

Sanchez quitársela, hiriéndose la mano derecha, i en el calor de la refriega le pegó con la misma en la cabeza.

«Mientras tanto, la infeliz hermana de Sanchez se hallaba en los potreros a dondó habia huido despavorida tan luego como su padre la soltó.

«Al dia siguiente falleció N. N., pero ningun facultativo ha aseverado, como nadie puede asegurar, que este fué el resultado preciso e intalible de la herida, porque bien pudiera mediar otras causas posteriores que influyeron poderosamente en ello, como la falta de cuidados i atenciones oportunas o la aglomeracion de otros incidentes por diversos motivos ocurridos,

«Pudo tambien, en medio de su rabia, suicidarse, porque como hombre que al parecer se preciaba de tener maneras mas de salvaje que de racional, era capaz de todo. Si nada de esto hubo, aunque es posible que lo hubiera, debe reputarse la muerte como casual.

«Por un caso inesperado para Sanchez, se trabó la riña, i cuya consecuencia, procediendo del mismo acaso, debe calificarse como fortuita. Por un acaso le calló el golpe en la cabeza, ya porque es mui jeneral que los combatientes tiran a una parte i dan en otra, pegando por donde cae, i ya porque Sanchez no tuvo la mira de dar un golpe mortal, pues no se imaginó que aquel hombre superior a él en constitucion i fuerte como una encina, pereciera de un golpe,

«No hubo premeditacion, ni pudo haberla en un acto instantáneo i repentino, razon demas para que el suceso se estime como absolutamente fortuito.

«El derecho de la conservacion i de la propia defensa, permite a todo hombre escarmentar a su agresor i volverle golpe por golpe. Nada era mas licito que esto. Sanchez no podia ser una escepcion de la regla jeneral: a él no le estaba prohibido defenderse, ántes bien pudo hacerlo con mayor razon que otros muchos. Habia sido alevosamente herido por un hombre degradado i de intenciones

pérfidas. Contemplaba en ese hombre al asesino de su madre, que estando en cinta le dió de golpes, de cuyas resultas murió; al cruel perseguidor de la honra i vida de su hermana i al que trataba de asesinarlo a él tambien.

«Con la sangre ardiente por estas violentas ideas i por el rápido acaloramiento, no pudo resistir a los impulsos de una justa saña. Si el garrotazo que recibió en la frente le hubiera caído en el sentido, inmediatamente habria muerto, así como habria tenido el mismo fin, si no hubiera podido evitar el ser estrangulado o no hubiera sido li-jero en quitarle la azuela a su declarado i feroz enemigo. Estuvo, por lo tanto, en su derecho para defenderse. Luchó i venció.

«En la hipótesis de que del vencimiento se hubiera derivado la muerte de N. N., no se habia hecho acreedor a la mas leve pena. Las leyes 2.^a, tit. 7.^o, part. 7.^a i 1.^a, tit. 21 lib. 12 de la Novísima Recopilacion, lo salva de toda responsabilidad, porque permiten matar a otro en defensa propia. Sin embargo, no tuvo Sanchez la menor intencion de matar; procuró solamente salvar su vida e inhabilitar a su agresor, i nada mas.

«Hai algo que a este respecto se deduce de la declaracion del sirviente doméstico, Pedro Salazar; espone este testigo que Sanchez le dijo: «cuida a tu patron» i lo hizo entrar al cuarto. El acto de llevar Sanchez al sirviente al cuarto i recomendarle su cuidado, está revelando que no abrigaba una intencion dañada, pues al decirle «cuida a tu patron,» significa que le preste atenciones, cuidados i socorros. La indicacion que aquel doméstico hace que Sanchez queria irse para no ser pillado, es falsa i está desmentida con hechos palmarios e innegables.

«Sanchez tomó un caballo para traer a su hermana ante el señor gobernador i ponerla bajo su amparo. No lo consiguió porque hubo inconveniente en el camino; pero él continuó su marcha. Siete leguas andubo a pié i llegó con trabajo a la ciudad, donde se alojó públicamente en un

hotel; desde cuyo punto escribió un memorial, refiriendo sinceramente lo ocurrido, i lo remitió al señor gobernador, poniéndose a su disposición.

«Esta conducta es digna de elojio; en ella se reflejan los sentimientos propios del hombre de honor, i con ella se evidencia que no han existido en Sanchez móviles mezquinos. El criminal huye de la justicia; pero el que no lo es, el que no siente las agitaciones de una conciencia perturbada, se presenta a la autoridad i pide que se le juzgue cuando las apariencias se prestan a torcidas interpretaciones.

«Patente está la grave herida que lleva Sanchez sobre su frente; pero si a pesar de la evidencia de que fué atrocemente acometido e injuriado, hubiera dudas del derecho justísimo que tuvo para defenderse i atacar, debe, no obstante, ser absuelto; porque en la duda de si hai o no culpa, quiere sabiamente la lei 12, tit. 14, part. 3.^a que se pronuncie un fallo absolutario.»

El resultado fué que el juez condenó a Sanchez a muerte, con fecha 29 del mismo, i que el Exmo. Consejo de Estado le conmutó esta pena en ocho años de penitenciaria, el 7 de octubre del mismo año.

Hé aquí cómo se espresaba el único diario que existia entónces en ese pueblo, *La Descentralizacion*, número 9, del 15 de octubre, a propósito del

JUICIO SANCHEZ.

«Después de sentenciado a muerte el reo don Jacinto Sanchez por la justicia ordinaria, la sentencia ha sido conmutada por el Consejo de Estado en ocho años de Penitenciaria.

Profunda sensacion ha causado en Vallenar este fallo, i no se podia por ménos.

Todos aquí conocen la desgraciada situacion del reo, los antecedentes que lo impulsaron a un acto criminal.

Todos divisan que si no hai causas justificativas, hai ahí, por lo ménos, poderosas circunstancias atenuantes: motivos de dignidad i móviles horrorosos que están muy distantes de hacerle un criminal vulgar.

En el suceso de que dio márjen a esta cuestion han habido antecedentes interesantes i casi novelescos.

Es un hermano que acude presuroso al llamamiento de una hermana, que le manifiesta su lamentable situacion, i que en medio de circunstancias íntimas i desgraciada viene a dar por resultado un trájico desenlace.

Lamentamos de todo corazon el fallo del Consejo de Estado.

Si la opinion pública pudiera tener alguna influencia, ya que en otras circunstancias lo han tenido los empeños, diriamos que la opinion pública se resiste a creer que en asuntos como el que han motivado el proceso de Sanchez, venga a imponerse una pena infamante.

La relegacion, el destierro, hé ahí las verdaderas penas que deben imponerse a los estravios involuntarios i cuyo orijen no se debe a una perversidad natural, sino al concurso de fatales circunstancias,

Ojalá que nuestras palabras pudieran despertar en Vallenar un sentimiento de conmiseracion en favor de Sanchez, i que ese sentimiento se tradujera en una mocion al Consejo de Estado para obtener una nueva commutacion de la pena decretada.»

El padrastro de Sanchez, N, N., tenia 52 años de edad. La hija, la hermosa i desgraciada X. X., pudo defender su honra, gracias a su complexion robusta.

El anciano de 52 años no se atrevia a luchar con la jóven de 18.

X. X. es una jóven de una belleza extraordinaria. Actualmente reside en Santiago.

Con decir que sus ojos son grandes, negros, razgados, velados por crespas pestañas; un talle esbelto como las palmeras del desierto; que sonríe con gracia; que su mi-

rada es humilde i pudorosa... se comprenderá que es mujer capaz de infundir pasiones volcánicas en mas de un corazon!

X. X. ha ido a ver a su hermano a la Penitenciaría; ultimamente Sanchez le ha rogado que no vaya.

—Mejor es sufrir la ausencia, le ha dicho, que verte por entre las rejas de mi prision. No quiero que pases vergüenzas, tu que estás predestinada a un porvenir tan venturoso por tu belleza i virtud.

Si; la triple aureola de belleza, juventud i desgracias que siñe tu frente immaculada, te llama a un porvenir mui diverso del de tu desgaciado hermano. Mirame i pasa; no quiero que mi fatalidad te contamine.

Despues de relatarnos sus desgracias, Sanchez nos dijo estas testuales palabras:

—Señor, por lo dicho, se convenserá Ud. de que jamás he sido criminal, ni he pretendido serlo i que si ahora me hallo en ésta cárcel degradante es solamente por tener buen corazon i marchar presuroso a salvar la vida i la honra de mi hermana. Este solo hecho habla en mi favor i prueba que mi corazon es bueno, relijioso i sensible. Si no constasen de autos estas circunstancias, no las expresaria, porque a uno no le es dado decir nada a su favor para que le crean.

Puede Ud. estar seguro de que hice uso de un justisimo derecho al defenderme, i que no me fué posible conservar la razon, la calma, la sangre fria, ante la provocacion de que fuí víctima. En tales circunstancias el hombre no medita, no reflexiona, no es libre para obrar.

¡Qué felices seriamos si en esos momentos mandara la cabeza al corazon! Pero los mortales no podemos encerrar en nuestra débil organizacion tan grandes fuerzas sobrenaturales!

Yo pude evadirme de llegar a la condicion de reo, ya huyendo, ya encerrándome en el silencio. Pero un hombre honrado no procede así.

La prueba de que digo la verdad es el siguiente párrafo de la sentencia del recto juez, señor Daniel Cádiz.

«Vallendar agosto 29 de 1874.— Vistos, el martes 11 del actual, don Jacinto T. Sanchez Ramirez, dirigió al señor gobernador el memorial de fojas 2, en él hacia presente que habiendo trabado una lucha con don N. N., se vió obligado a herirlo con una azuela de carpintero por defender su propia vida, i que arrepentido de su tremendo extravío venia a entregarse a la justicia. Puesto el reo a disposicion del juzgado se mandó instruir el correspondiente sumario i de él resulta lo siguiente; en órden a la perpetracion del delito, segun confesion del procesado no hubo nignun testigo presencial.

«Encontrándose en Santiago el espresado Sanchez, recibió la carta de foja 1, fechada en Huasco Alto a 22 de febrero último. En ella le referia su hermana los padecimientos que soportaba al lado de su padre i el peligro que corria su honestidad, i lo conjuraba a que viniese lo mas pronto que le fuese posible para que hiciese algo por ella. Sanchez pudo realizar su viaje en el mes de mayo, llegó el 26 a la casa de su padrastro el referido N. N. que residia en la plaza del Tránsito como subdelegado propietario de la séptima seccion. Con tal motivo pudo cerciorarse que era verdad el contenido de aquella carta i solo pensó en arreglar prudentemente este asunto doméstico i fijó su regreso para el 17 del que rije, etc., etc.»

Si con mi vida pudiera recobrar el honor i recibir el perdon de la sociedad que involuntariamente he ofendido yo la daria con placer.

Sanchez nos mostró, en seguida, varios certificados de su buena conducta, tanto en la escuela militar como en el batallon de artilleria de marina.

Sanchez está profundamente agradecido al pueblo de Vallendar. Recuerda perfectamente los nombres de mas cincuenta personas i de los servicios que le han prestado.

—Don Joaquin Perez, dijo, dirigió el 30 de mayo del

66 al pueblo de Valparaiso una proclama en que decia «El que es valiente es magnánimo.» En Vallenar he notado la evidencia de esta verdad. Es un pueblo de valientes que acuden presurosos a enjugar las lágrimas del desgraciado. Mi gratitud para con él será eterna.

La religion es el consuelo mas grato para el corazon de Sanchez. Recuerda con frecueucia las palabras de Chateaubrian:

«Sin duda nos ha revelado el cielo esta religion que hace de la esperanza una virtud. Esta nodriza de los desgraciados, puesta junto al hombre como una madre junto a su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende de su abundante pecho, i le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela a su cabecera, i le adormece con canciones encantadoras. ¡Qué sorpresa no causa la esperanza! ¡qué dulzura conservarla, i, lo que parece un movimiento natural del alma, trasformarse para el cristiano en una virtud rigurosamente exijida!»

Al oir las desgracias de este jóven no se puede ménos que compadecerlo, como compadece todo el que tiene un corazon sensible a aquellos que vagan errantes por el mundo, sin patria, sin hogar i sin templo llevando grabado en su frente un estigma fatal.
